

LA ILUSTRACIÓN



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

CATÓLICA

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

PROPIEDAD DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DIRECTOR: *D. Fernando Martínez Pedrosa.*

COLABORADORES

Señoras:

Arcos (Gabriel de los), Díaz de Lamarque (Antonia), Río (Gonzalo del), Marquesa de Salinas, Marín Baldo de Martínez (Juana), Massaguer y Febrer (Narcisa), Méndez de Cuenca (Laura), Mendoza de Vives (María), Monserdá de Maciá (Dolores), Muntadas (María del Pilar), Riego Pica (Carlota del), Opisso (Antonia), Pujol de Collado (Josefa), Raymond (Emelina), Biedma (Patrocinio de).

Señores:

Alcalde Valladares (Antonio), Antequera (José María), Arnao (Antonio) †, Barrantes (Vicente), Bermejo (Ildefonso Antonio), Bertrán Rubio (Eduardo), Cacheiro Cardama (Manuel), Campoamor (Ramón de), Carbonero y Sol (León), Caro (Eduardo), Casamayor (Julián), Castillo (Cayetano), Castro y Serrano (José de), Conde de la Viñaza, Dr. González del Valle, Elizalde (Julio J. J.), Esperanza y Sola (J. María), Fernández Grilo (Antonio), Fuente (Vicente de la), Galindo de Vera (León) †, García Muñoz (Francisco), García y Santisteban (Rafael), Guerola (Antonio), Guerrero (Teodoro), Gibert (Víctor María de), Guijarro (J.), Guijarro (Ricardo), Gutiérrez de Alba (José María), Gutiérrez (Ricardo), Herranz (J. José), Juliá (Ernesto), Laguna (P.), Lasso de la Vega (Angel), Lasso de la Vega y Fiscowich (Angel), Linares (Manuel), López Núñez (Alvaro), Llanos y Torriglia (Félix), Marín (J. M.), Marqués de Dos Hermanas, Marqués de Monasterio, Marqués de Valmar, Martínez Vigil (Fr. R.), Obispo de Oviedo, Muntadas (Federico), Muñoz (M.), Núñez de Arce (Gaspar), Ordóñez (Mariano), Palacio (Manuel del), Palau (Melchor de), Pareja de Alarcón (Francisco), Pérez Escrich (Enrique), Pidal (Alejandro), Pieltaín (Ricardo), Pulido y Espinosa (José), Rada y Delgado (Fabio de la), Robuster y Luengo (J.), Salcedo Ruiz (Angel), Salvany (Juan Tomás), Sanchez Fuentes (Eugenio), Tejera (Felipe), Tola Latour (M.), Trenor (Leopoldo), Vela-Hidalgo (Angel), Velarde (José), Vilanova y Piera (Juan), Yepes (José Ramón), Zorrilla (José).

TOMO XII

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1889

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1889

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

Texto.

A

- Asociaciones benéficas*.—En todos los números, excepto los 11, 13, 14, 16, 20, 22, 25, 26, 27, 28, 30, 31, 32, 33 y 34.
Arco (Gabriel de los).—El manto del Fraile; pág. 44.
A. y Z.—Nuestras correspondencias; 57 y 369.
Antequera (J. M.).—A la memoria de D. José Cavanilles y Federici; 137.
Alcalde Valladares (A.).—A un lucero (soneto); 140.—¡Ay! (soneto); 249.—La envidia; 293.—Los que se van (poesía); 317.—En la muerte del poeta religioso Fernández Ruano (soneto); 394.
Arnao (Antonio).—Imagen (poesía); 244.
Accidentes y su remedio; 245.
A. G. M.—El primer paso; 297.

B

- Barrantes* (Vicente).—Cabecitas y cabezotas; pág. 5.
Bertrán Rubio (Eduardo).—El legado de un viejo; 94 y 106.—Elisa; 225.—Obdolio; 370.
Bermejo (Ildefonso Antonio).—Antiguallas; 207.—Antiguallas; 359.—La educación cristiana; 410.
Biblioteca del Escorial; 237.
Biedma (Patrocino de).—Las dos vidas (poesía); 419.

C

- Crónica*.—En todos los números.
Castillo (Cayetano del).—A Fray Luis de Granada (soneto); pág. 8.
Comedor de la caridad; 22.
Carbonero y Sol (León).—Las bodas del Sol (poesía); 41.—Mi caballo (poesía); 176.
Congreso Católico Nacional; 51, 62 y 74.
Campoamor (Ramón de).—El candil de Carlos V (dolora); 53.—Amor y vanidad (dolora); 260.—Humoradas; 293.
Caro (Eduardo).—El Monasterio del Paular; 112.
Cachero Cardama (Manuel).—La arqueología y el dogma; 328.
Congreso Católico Nacional de Zaragoza; 374.
Caprichos de la naturaleza; 392.
Casamayor (Julian).—Pena de muerte; 400.

D

- Documentos eclesiásticos*.—Encíclica de Su Santidad; págs. 15, 26 y 38.—Las malas lecturas. Carta pastoral del Rmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá; 86, 98 y 110.—Decreto de la Santa Sede sobre la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús; 219.—Protesta del Episcopado español con motivo de la erección en Roma de una estatua a Giordano Bruno; 255.—Carta Encíclica de Su Santidad; 291.—Contestación de Su Santidad al último mensaje del Episcopado español, 303.—Discurso de Su Santidad León XIII a los peregrinos franceses; 363.
Discurso pronunciado por D. Alejandro Pidal en la sesión del Congreso Católico del día 3 de Mayo; 160, 172 y 184.
Dos Hermanas (Marqués de).—Soneto; 308.—El desafío (soneto); 417.
Discurso de D. José de Castro y Serrano en su recepción de la Real Academia Española; 412 y 423.
Díaz de Lamarque (Antonia).—En la festividad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María (oda); 406.

E

- El sepulcro de Cristo*; pág. 125.
El Marqués de Urquijo; 154.
Esperanza y Sola (J. M.).—D. Antonio Arnao; 188.
El reloj del Concejo (poesía); 263.
E. C.—El día 15 de Agosto; 268.
E. P.—Los baños en la antigüedad; 285.
E. M.—El *Ave María* de Gounod; 369.
E. D.—Los escépticos; 376.
El más loco (poesía); 392.
E. V.—Defensa contra el frío; 393.
Enseñanzas de los animales; 401.
El mulato de Murillo; 429.

F

- Tordesillas* (F. Martínez Pedrosa).—La década; todos los números.
F. P. E.—Los despreocupados; pág. 50.—Un hombre independiente; 261.
Fuente (Vicente de la).—La plata vieja de mi mujer; 71 y 80.—Las efigies de la Virgente María en España; 176, 190 y 195.
Florán.—Los cinco dedos de la mano; 358.—Goya; 389.—Murillo; 428.
F. M. P.—Publicaciones; 380.
Fernández Grilo (Antonio).—El cielo (poesía); 428.

G

- García y Santisteban* (Rafael).—Salutación (poesía); pág. 10.—Flor silvestre y flor de estufa (apólogo); 68.—¡Covadonga! (oratorio); 105, 116 y 129.—Menudencias de la Exposición de París; 357.
Guerreiro (Teodoro).—A vuela pluma; 16.—Fantasía; 281.
Gonzalo del Río.—El amor más fecundo (poesía); 17.—A Luisa López de Aguado (soneto); 226.—Los dones de la esperanza (poesía); 281.
González del Valle (Dr.).—Higiene y medicina; 17, 52, 93, 128, 161, 195, 236, 269, 304, 344, 377 y 416.
García Muñoz (Francisco).—Santo Tomás de Aquino y la doctrina cristiana (oda); 92.
Guijarro (Ricardo).—Ante la Cruz (poesía); 125.
Guijarro (J.).—León XIII; 146.

- Galindo y de Vera* (León).—A la paz (oda); 164.—Un episodio; 405.
Gutiérrez de Alba (J. M.).—El trabajo (poesía); 178.
Geología y Protohistoria. Discurso del Dr. D. Juan Vilanova y Piera; 231, 242, 255, 266, 278, 292, 303, 315, 326, 338 y 350.
Guerola (Antonio).—El mal humor; 231.—Pedir una enfermedad; 305.—Nuestras correspondencias. Las fiestas de la Virgen del Pilar; 356.—Caridad en vez de avaricia; 388.—Poesías religiosas de la Excm. Sra. D.^a Antonia Díaz Lamarque; 405.
Gutiérrez (Ricardo).—La Hermana de la Caridad (poesía); 345.
Gibert (Victor María).—Plegaria a San Pedro Claver; 389.

H

- Herranz* (Juan José).—El mejor imperio (cuento); pág. 4.
Historia de una madre.—(Andersen); 334.

J

- J. V.*—Los tres cuervos; pág. 82.
Julio y Elizalde (J. J.).—Mi estrella (poesía); 297.
Julia (Ernesto).—Las primeras golondrinas; 320.
J. M. E.—La niña pobre; 346.
J. F.—A María Inmaculada (poesía); 400.

L

- López Núñez* (Alvaro).—Galicismo y flamenquismo; pág. 40.—Exageraciones críticas; 76.—El Obispo Ataulfo; 308.
Lasso de la Vega y Fiscowich (Angel).—Las siete palabras (poesía); 136.—Los ángeles de la tierra (poesía); 274.—A mi madre (soneto); 381.
Lasso de la Vega (Angel).—Fray Pedro Malón de Chaide; 219.
Las piedras heredadas; 238.
Linares (Manuel).—Poesía; 311.
La Doctora avileña; 340.
Laguna (P.).—Sarcasmo (poesía); 358.
La verdad en su lugar; La Dirección; 362.
Los fuegos fatuos; 370.
Los nuevos Santos beatificados; 398.

LL

- Llanos y Torriglia* (F. de).—La ciencia de la vida; pág. 261.—La iglesia del Antiguo; 332.—Saca-dineros; 406.

M

- Martínez Pedrosa* (Fernando).—A los lectores; pág. 2.—San Francisco el Grande; 68.—Congreso Católico Español; 147, 158 y 182.—Excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Ciriaco Sánchez y Hervás; 152.—Exposición del Circulo de Bellas Artes, 212.—En el álbum de la Sra. Marquesa de Mulhacén; 224.—La Virgen del Milagro (leyenda); 234.—Filosofía (poesía); 286.—El leño de la Santa Madre (poesía); 343.—Nos vamos (poesía); 365.
Marín (J. M.).—A una careta (soneto); 80.
Muntadas (Federico).—Del dicho al hecho....; 8.—Un cacique de campanario (poesía); 321.
Martínez Vigil (F. R.).—La supuesta Papisa Juana; 39.
M. de P.—El Padre Claret; 44.
Massaguer y Febrer (Narcisa).—Influencia de la mujer en el mundo; 173.
Méndez de Cuenca (Laura).—¡Oh corazón! (poesía); 220.
L. P.—La aguja; 249.
Monserdá de Maciá (Dolores).—A María (poesía); 268.
Muntadas (María del Pilar).—El conejo y el zorro (fábula); 298.
M. R. y B.—Poesía y música; 317.
Monasterio (Marqués de).—Dos minutos de reflexión; 364.
M. B.—Los hermanos de las Escuelas Cristianas; 368.
Muñoz (M.).—La Virgen del Rosario; 393.

N

- Notas sueltas*.—En todos los números.
Núñez de Arce (Gaspar).—En un abanico (poesía); pág. 76.

O

- Ordóñez* (Mariano).—Vueltas del mundo (dolora); pág. 82.—Ilusión (dolora); 214.
Opisso (Antonia).—Los grandes místicos; 257.

P

- Fujol de Collado* (Josefa).—La perla de Antioquía; págs. 20 y 28.—Moraima; 141 y 166.—Rosas y espinas; 272.—El collar de perlas; 381.
Palau (Melchor de).—A Pío IX (poesía); 56.—Progresos científicos; 27, 63, 104, 135, 170, 243, 280, 316, 352, 387 y 422.—Los dineros de Judas (poesía); 127.
Piellain (Ricardo).—Kassper el platero; 33.
Pareja de Alarcón (Francisco).—La Cuaresma; 89.—El triunfo de la Cruz; 123.—Al escultor Salcillo (soneto); 191.—Al progreso (soneto); 356.—Epitafio de gloria (poesía); 379.—La Inmaculada Concepción de María; 399.
Palacio (Manuel del).—Al Excmo. Sr. D. J. C. (soneto); 94.
P.—El Carnaval en miércoles de ceniza; 81.—Exposición de acuarelas; 178.
Pulido y Espinosa (José).—El Pilar de Zaragoza; 344.
Pérez Escribá (Enrique).—La huérfana (poesía); 405.

R

- Robuster y Luengo* (Julian).—La Redención; pág. 134.
Rada y Delgado (Fabio).—La fe (poesía); 309.
Retazos; 321.
Riego Pica (Francisca Carlota del).—A Cervantes (poesía); 332.
Raymond (Emelina).—Inteligencia é imaginación; 386.

S

- Salcedo Ruiz* (Ángel).—1888; pág. 3.—Recuerdos de viaje; 64.—Máscaras; 75.—Libros; 137.—Los Congresos católicos; 149.—Alfajores y gazpacho caliente; 219.—Cosas de Noche buena; 425.
Semana Santa; 124.
Sentencia del Salvador; 125.
Salinas (Marquesa de).—Lágrimas de una madre; 100.—La Semana Santa en Murcia; 128.
Salvany (Juan Tomás).—La carcoma del alma; 201.—El cura (poesía); 377.—El mal viento; 417.
Sánchez de Fuentes (Eugenio).—Al sol eclipsado (soneto); 212.—La fe (soneto); 285.
S. T.—Los sellos de correos; 370.

T

- Tolosa Latour* (Manuel).—Niñerías; pág. 269.
Trenor (Leopoldo).—Peregrinación a Roma; 224 y 296.

- Tejera* (Felipe).—Nocturno indiano (poesía); 334.

V

- Velarde* (José).—Fragmento (poesía); pág. 20.
Vela-Hidalgo (Ángel).—Un santo; 117.—Una paradoja; 310.
Viñaza (Conde de la).—Las Bellas Artes en España; 32, 41, 53, 77, 116, 130, 140, 165, 177, 200, 208, 220, 233, 244 y 260.
Valmar (Marqués de).—El ateo (soneto); 153.
V. P.—La lengua castellana; 237.

Y

- Yépes* (José Ramón).—La golondrina (poesía); pág. 33.

Z

- Zorrilla, poeta católico*; pág. 197.
Zorrilla (José).—Introducción al poema María; 200.

Grabados.

MONUMENTOS

- Antiguo Alcázar de Madrid, pág. 24.
 Sevilla.—Fachada del Alcázar del Rey Don Pedro; 30.
 Ávila.—Basílica de San Vicente (dibujo de López); 42.
 Cataluña.—Castillo de Savassona (dibujo de Pahissa); 43.
 Barcelona.—Portada de la Casa de los Grallas (dibujo de A. Rigalt); 60.
 Pabellón de cristal en el Retiro de Madrid; 85.
 Pabellón real del Retiro de Madrid; 96.
 Monasterio de la Madre de Dios, de Belpuig de las Avellanas (Lérida); 114.
 Barcelona.—Cripta del Templo de la Sagrada Familia, en construcción; 120.
 Ermita de San Wolfgang (dibujo de Kirchner); 132.
 Viena.—Catedral de San Esteban en la fiesta de Pascua Florida (dibujo de Kronstein); 138.
 Recuerdos de Roma; 150.
 San Pedro desde el monte Pincio.—Pila de agua bendita en la Basílica de San Pedro; 156.
 Monasterio de Bathala (Portugal); 289.
 Torre de la iglesia de San Marcos en Venecia.—Loefeu; 312.
 Valencia.—Puerta bizantina de la Catedral; 390.

ARTE

- Pedro Pablo Rubens; pág. 13.
 Sacrificio de Isaac.—Antonio Alsina Amils; 25.
 Orillas del Nilo; 36.
 Gitana.—D. Greteze; 37.
 Caravana en el desierto; 48.
 Dama del siglo xv.—Francisco Masriera; 54.
 Los Santos Padres.—Pintura mural de San Francisco el Grande, por Manuel Domínguez; 66.
 Bóveda de San Francisco el Grande.—Pintura mural.—Alejandro Ferrant; 78.
 Maine (Estados Unidos).—Chozas abandonadas; 90.
 Los padres del celebrante después de la Misa nueva.—José Alcázar Tejedor; 97.
 La primavera.—Vayreda; 108.
 San Bruno.—Escultura de Rafael Atché; 109.
 El Profeta Elías y el Rey Acab; 121.
 Cristo bajado de la Cruz.—Paúl Delaroche; 126.
 Jesús resucitando a la hija de Jairo.—Cuadro de Rauchinger; 139.
Resurrexit, non est hic.—Manuel Ruiz Guerrero; 144.
 Su Santidad León XIII; 145.
 Episodio del sitio de Zaragoza.—Federico Jiménez Nicanor; 157.
 Orillas del Guadalquivir.—Manuel García Rodríguez; 168.
 San Fernando, Rey de España.—Antonio Casanova y Estorach; 169.
 El Alquimista.—Cuadro de Lelmer; 175.
 El Viático.—Cuadro de Luben; 187.
 Poesía lírica.—Estatua de Edmundo U. Hofmann; 193.
 El regalo del torero después de la corrida.—José Casado del Alisal; 198.
 Estudio de una niña.—Juan Luna y Novicio; 204.
 Obras de misericordia.—Escultura de Agustín Claramunt; 205.
 Recuerdo de Sevilla.—M. García Rodríguez; 216.
 La caridad.—Bajo-relieve de Pedro Muller; 217.
 La Vicaría.—Mariano Fortuny; 223.
 Puente de Alcántara sobre el Tajo.—García Rodríguez; 229.
 La Virgen del Milagro.—Siete dibujos de los Sres. Aguado y Guerra y Padriana de Villapadierna; 234, 35, 36.
 Paisaje.—R. Mestre; 240.
 Visita al taller.—Conrado Kiesel; 246.
 Cabeza de hombre.—Juan Luna y Novicio; 252.
 Zaragoza.—Recuerdo del año 1808.—Alejandro Ferrant; 264.
 La Madonna.—Jorge Papperitz; 270.
 La siega.—J. Urgellés; 271.
 Abonado a la playa.—Busto en bronce de Anglés; 276.
 Pompeyana.—M. Weber; 282.
 Hernán Cortés.—Escultura de Vallmitjana Abarca; 301.
 El paisajista; 306.
 Tiro al blanco.—José Armet; 318.
 Puente nuevo (Camprodón, Cataluña).—E. Meifren; 324.
 Portugal.—Cintra.—Monserate; 336.
 Colón en la Rábida.—José Ponce y Puente; 337.
 Éxtasis de Santa Teresa.—José Alcázar Tejedor; 342.
 La vendimia.—Cuadro de Lefler; 343.
 Paisaje.—Francisco Blanch; 348.

- La invasión de los bárbaros.—Ulpiano Checa; 349.
 Palacio de los duces en Venecia.—Pozo del patio.—Cuadro de Picci; 354.
 Tarde de otoño.—Carlos Hoff; 355.
 Portugal.—Cintra: Alameda del castillo de Pena; 360.
 En casa del usurero.—Cuadro de Frungger; 361.
 ¡Para siempre!—Cuadro de Andriolli; 366.
 Amargos recuerdos; 367.
 ¡Paz eterna!—Francisco Hernández Sanz; 372.
 La Anunciación.—La Visitación.—Tapices de Victoriano Codina Langlín; 379.
 Julia.—Cabeza de estudio de G. Guffón; 384.
 Santa Cecilia.—Cuadro de Rafael de Urbino; 391.
 Casa Japonesa; 396.
 Los hijos de Eduardo.—Cuadro de Paúl Delaroche; 402.
 María Inmaculada.—Imagen polícroma de Juan Samsó; 403.
 La oración.—Cuadro de Reits; 408.
 Mozart y su hermana.—María Ana tocando el piano ante María Teresa de Austria y su Corte; 409.
 Granada.—Galería y patio de los leones de la Alhambra; 420.
 Plaza de Palacio en Barcelona.—Modesto Texidor y Tarrés; 421.
 Bartolomé Esteban Murillo; 426.
 Adoración de los Reyes Magos.—Cuadro atribuido a Murillo; 427.
 Paisaje de invierno.—Cuadro de L. Meinthe; 432.

COSTUMBRES

- El enfermito.—Guillermo Schüller; pág. 1.
 Buzón de Reyes—Sobrichón; 6.
 Despedida del pavo; 12.
 El año.—Composiciones de José Pahissa; 18.
 Mignón.—Jules Lefevre; 31.
Consolatrix afflictorum.—Luis Franco Salinas; 49.
 Plaza de Hostalrich.—José Masriera; 54.
 La madroñera napolitana; 55.
 El primer cigarro.—E. De Blass; 61.
 Dos crepúsculos.—Joaquín Ferrer; 72.
 Curiosidad.—Dá Rios; 73.
 ¡Aquí está el ladrón!; 84.
 El secreto.—Jorge Horn; 91.
 El último sueño.—Hoff; 102.
 Los pastorcillos; 103.
 La mañana de Pascua.—Pascual Lelies; 133.
 Carreras de primavera en el Hipódromo de Viena; 162.
 Alegoría de Mayo.—Cuadro de Trentiro; 163.
 El Minueto.—Leopoldo Schmutzler; 174.
 En el café.—José Cusachs; 180.
 Las primeras cerezas.—Cuadro de Epp; 181.
 Caza a la zorra.—Schmit; 186.
 La parada, cambio de tiro.—Antonio Ferrer; 192.
 ¡Te quiero mucho, abuelita!—Pablo Wuagner; 210.
 Dar de comer al hambriento.—Cuadro de F. Defregger; 212.
 La madre.—Cuadro de Bouguereau; 222.
 Corral en Valencia.—R. Lorenzale; 228.
 Recuerdo de Olot.—Santiago Rusiñol; 241.
 A orillas del mar; 253.
 El campanero.—Cuadro de Welhe; 258.
 La amiga de las aves.—Cuadro de Hiddemann; 259.
 Primeras nociones.—Juan Llimona; 265.
 Lavadero en el Manzanares.—Eusebio Pérez Valluerca; 277.
 El entierro del pajarito; 283.
 Después de la riña.—Acuarela de R. Strabel; 288.
 Lección de danza.—L. Emilio Adán; 294.
 Escena de familia.—Hugo Engl; 295.
 Pescadores de cangrejos en el mar del Norte.—Bodenstein; 300.
 La madre de los huérfanos; 307.
 Lección de dibujo.—Jules Ruinart; 313.
 ¡Sin comida! 319.
 Beatitud.—Santiago Rusiñol; 325.
 Hondonada de la Saison (alrededores de Berlín).—Federico Sthal; 330.
 Recuerdos de Granada.—Isidoro Marín; 354.
 La víspera de la fiesta.—Román Ribera; 373.
 Moro de la costa del Riff.—Acuarela de Leopoldo Roca; 378.
 Las dos amigas.—Joaquín Agrassot; 385.
 La joven madre.—Jules Ruinart; 397.
 Costumbres. Las amigas.—Dibujo de J. Llovera; 414.

189 A. hay Port. 10 '36 (36



BIENOTECIA
MUNICIPAL
MADRID

CERVANTES.

BALMES.

CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 1.^o — Madrid 5 de Enero de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.



EL ENFERMERO. Ayuntamiento de Madrid.

SUMARIO

Texto.

La década, Tordesillas. — A los lectores, Fernando Martínez Pedrosa. — 1888, Angel Salcedo Ruiz. — El mejor imperio, Juan José Herianz. — Cabezas y cabezotas, V. Barrantes, de las Reales Academias Española y de la Historia. — A Fray Luis de Granada en el tercer centenario de su muerte (soneto), Cayetano del Castillo. — Del dicho al hecho..., Federico Muntadas. — Salutación, Rafael García Santibañ. — Asociaciones benéficas. — Crónica. — Notas sueltas.

Grabados.

EL ENFERMITO, cuadro de Guillermo Schüller. — El gato ocupa un lugar preferente en medio de la familia; se le hace partícipe de las caricias y los cuidados; se le cuida como a un hijo, como que es el amigo de todos, y especialmente de los niños, de quien, sin alterarse, sufre los malos tratamientos. Al contrario, cuanto más le mortifican, con mayor gusto les lame las manecitas y les canta el romance. El micifuz de nuestro grabado ha sido herido, y su ama se emplea con la mayor solicitud en hacerle la primera cura, mientras el niño le acaricia para hacer menos sensible la operación. Schüller anduvo muy feliz en la interpretación de este bello asunto.

BUZÓN DE REYES, cuadro de Sobrichón.

Teresita dice, aupando á su hermano:

— Yo he pedido á los Reyes una muñeca tan grande como la Cibeles.... ¿Tú qué quieres?

V Aurelito, haciendo esfuerzos por meter la carta petitoria en el Buzón de los Magos, contesta resueltamente:

— ¡Yo quiero un toro!

El Buzón, colocado en las tiendas de juguetes, es invención moderna, aun no establecida en España; pero tratándose de sacar dinero á los padres gastosos, ya se aclimatará. Sobrichón interpreta á maravilla esta escena de actualidad.

DESPEDIDA DEL PAVO.

LA DÉCADA



FELICIDADES.

Con ellas acabó el decrepito y cansado 1888, y así empieza su heredero y sucesor, el problemático 1889. El uno nos deja como sucesos verdaderamente faustos el Jubileo sacerdotal del Papa y la Exposición de Barcelona; de éste sólo se vislumbra en el horizonte el Congreso católico español, y no será poco si además de tan señalado acontecimiento nos da una época de paz y cosecha fecunda en honor y patriotismo.

Felicidades. Todos las desean, las esperan los más; todos atravesamos las asperezas de la vida, procurando apartar la planta de espinas y tropiezos, mirando siempre adelante, y con el pensamiento ó el cálculo fijo en el bien que se anhela; formando con la mente esos castillos en el aire que una ráfaga adversa suele derribar; procurándonos la mayor suma de ese bien, egoísta muchas veces, en cuya distribución pide cada cual la mejor parte para sí, dejando á los demás que se las compongan como puedan.

Felicidades. Es relativo y sujeto á las diversas condiciones de cada hombre, ese misterio impenetrable de la felicidad. Con poco creen que la logran algunos, ciertamente los menos, cuando limitan sus aspiraciones á conformarse con su suerte, sin compararse con el que está mejor, sino con el que sufre más. Otros se aturden para abreviar la común desdicha, buscando el estrépito del mundo, que no deja reflexionar. Otros se juzgan felices dejándose arrastrar por la corriente, fiándolo todo al acaso, y esperando lo que venga, para no errar. Otros estudian el modo de vivir á costa del prójimo, que por carecer de acción se considera también feliz con su propia debilidad. Otros tosen fuerte, imaginando que se eleva el nivel por donde pisan; otros, locos de reata, tienen la manía del poder que intentan asaltar con buenas palabras, y se consideran felices con perdonarnos la vida. Otros....; pero en esta gran meta, en que danzan y se atropellan tantas figurillas, tantos figurones, que pueden por buenas ó malas artes alcanzar los medros que desean, aunque nunca la suprema conquista de la felicidad, sólo pueden clasificarse dos clases de agentes: los que hacen y los que padecen; los que dominan y los que dejan hacer. ¿Cuáles serán los más felices?

* *

Felicidades completas no: indecisas, sombrías, falsas, reñidas.... la lucha en la calle navaja en mano y de ahí arriba, la disputa, la enemistad, la intriga, las divisiones. Bandos en la Academia á fa-

vor de este ó del otro candidato; riña pública y comentada de altos personajes; antagonismo entre políticos que parece que se abrazan y se estrujan. La unión, se dice, es la fuerza, pero la asociación desune. Rara es la colectividad en que no se reproduzca la caricatura del público teatral que cuando parte de él aplaude, la otra silba. El único extremo en que todos estamos conformes es el de la mesa; delante de ella, el plato queda limpio por unanimidad y en votación secreta. En el supremo instante de la sopa, nadie es capaz de pedir la palabra, ni ninguna otra cosa; lo que se hace es tomar, no á beneficio de inventario sino del cuerpo, todo lo que venga detrás. Las principales felicidades que registra hasta ahora el año, son tantos banquetes como días ó horas lleva de existencia. Los más eruditos revisteros culinarios, en los claros que les dejan al muerzo, comida y cena, forman esa minuciosa é interesante estadística de entremeses y prendidos, de trajes y platos, de postres y nombres, distinguiendo de las personas á las viandas por estar éstas en francés. "No sé, decía un elegante de esos que comen por casualidad algo caliente, quién será ese tipo que aparece á la cabeza de todos los convites; no conozco al tal señor de Menú.

* *

Almuerzan y á los toros, á despedir el duelo del pobre Manene, diestro que sucumbe víctima de los percances del oficio; comen y al teatro. Esta sí que es vida feliz. Allá van á gritar, aquí á reír. Pero las piecicillas de Navidad han perdido la gracia y para entretener al pueblo se desentierra el género melodramático. En él ha logrado un triunfo con su *Perro del hospicio* el distinguido dramático D. Valentín Gómez. En cuanto á novedades cómicas hay la de la luz eléctrica, que se apaga una noche sí y otra también en la Zarzuela, y las graciosas comedias del teatro Lara. *El señor Gobernador*, que como de autores verdaderamente ingeniosos y cultos, recrea sin ofender. En los demás coliseos por razones, dominan los cuadros al desnudo ó la salsa verde, y en el drama, salvo raras excepciones, la crudeza, el desenfado de una inverosímil realidad. Sobre el tapete de la escena el adulterio, el duelo, las bajas pasiones en ebullición, sin que haya, como en otro tiempo, crítica que fustigue el pecado de reflejar únicamente el vicio, como si de la sociedad presente hubiera desertado la virtud. Esto es gala de imitación ó de rutina; basta que un atrevimiento corra el albur del aplauso y gane el de cierto público, para que se lance al teatro un atrevido cada semana á sacar efectos de malas causas y á herir los sentimientos de la conciencia honrada. Tal está el proscenio ennoblecido por Calderón, que sólo se saca de él este dilema: "O lo inmoral en lo serio, ó en lo alegre lo indecoroso."

Calló el tambor del hijo de mi vecino y callo yo, terminando como empecé:

Felicidades, lector, si las hallas.

Buen año, si no te sale malo.

Tordesillas

A LOS LECTORES



PERO los tendremos? Porque, ¡oh primer dolor del año! ahora me asalta la duda que hace cincuenta y ocho años turbó el espíritu del Bachiller D. Juan Pérez de Mungía cuando sentaba esta proposición: "En este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee", duda y temor que á mi ver se

conserva en pie respecto á la lectura, pues en cuanto á si se escribe ahora ó no, tardo será el oído que no escuche el consabido gemir de las prensas á compás del de las máquinas de fabricar papely el vocerío de los vendedores de periódicos. Se tiran muchos y buenos, ¡vaya si se tiran! tantos que sometidos á cálculo estadístico, saldría á uno por familia. ¿Pero subsistirán todavía aquellas ideas rancias que Fígaro atribuía al vulgo; haciéndole exclamar: "¡Válgame Dios! ¡qué flujo de hablar, y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbión de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea....!" Con lo cual aquel ingenio por extremo perspicuo, se anticipó al quid de la presente dificultad. No hay paciencia que lea siquiera un poco de lo mucho que se escribe en el día. No se puede, no se quiere leer, ó cuando lee el público, que ya sabemos no suele encontrarse en la Biblioteca — vuelvo al tema del Bachiller — suele ser "caprichoso, parcial, intolerante, á la vez que sufrido, rutinero y novelero, que olvida con facilidad los servicios más importantes y premia con usura al que le lisonjea y engaña."

Líbreme Dios de pensar así del público, amables lectoras, cuando recuerdo que al circular de casa en casa algún prospecto para renovación de esta obra meritoria, de ayudar al sostén de los huérfanos en que gustosamente nos empleamos, hay algún portero que dice: "aquí no se recibe eso;" y si se le contesta: "es gratis, para que lo lea la señora," replica: "lléveselo usted; la señora no lee;" ó cuando al preguntar si tal ó cual señora esta suscrita, se nos contesta: "no puede; tiene otras cosas á que atender," lo cual, si bien se examina, es verdad, porque todo lo gasta en superfluidades; ó por último, cuando á una leve indicación en provecho de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, cualquier aludido lector ó lectora — imaginados — se excusan como si se tratara de ponerles en grave compromiso, pronunciando la frase corriente de: "no tengo tiempo de leer."

El público no tiene tiempo para otra lectura que las noticias de recreo ó sensación; el chismecillo político; la reseña de sucesos triviales ó el resonante crimen. El público no tiene dinero para lecturas útiles, como no sea los millones que gasta al año en abonos de óperas y toros. El público, á lo que se ve, sigue en esto tan retraído como en tiempo de Fígaro. Debe estar tan nutrido de ciencia, que nada le falta que saber.

Dado de manó el libro sin otra ilustración que las escuetas letras de imprenta, que ya no cogen — ¿si serán ignorantes? — más que los abstraídos y desocupados, aquellos que tienen el don de hacer tiempo para alimentar el espíritu, anteponiéndole al garbo del cuerpo: aceptado el *modus vivendi* del periódico, imprescindiblemente decorado, pues el tosco lápiz resbala ya hasta en el papel de estraza; admitida la lectura por dosis infinitesimales, las madres de familia, á quienes por casualidad se les ocurra que sus hijas deben saber siquiera algo de lo mucho que se ignora, no han dado todavía en la treta de que con un papelito sano dejado caer al descuido en la mesa de labor, realizarían su ideal quietas ó no quieras, por este simulado medio, por este ardid así como de caja de sorpresa, único recurso ya para que las letras de imprenta surtan sus efectos. Poquito á poco irían aprendiendo sus hijas á no olvidarse á leer, á hacer de esta costumbre gusto, á imponerse insensiblemente esta principal obligación. No tener tiempo de leer; no tener medio de aprender, cuando leyendo en el libro del mundo y en sus ocios se aprenden tantas malas cosas.

No, lectoras mías. Un periódico honrado é instructivo que lentamente va infiltrando buenas doctrinas aderezadas con sencillo ropaje literario, es lo

que puede llamarse el depósito á que se confían los ahorros de la inteligencia. Así como el último pobre podría, si se propone, labrar un pequeño caudal guardando unos céntimos diarios; ¿qué menos podrá hacer la gente culta, el hombre laborioso, la mujer frívola, la familia de clase, que repasar de rato en rato ese periódico para ir formando sin esfuerzo el caudal de las ideas? No lo entienden así los que pierden el tiempo en futilidades de la vida, para quejarse luego de que carecen de él; ¿cuánto no perderán las que sólo se ocupan de trapos y moños, las que no tienen más libro que el escaparate de la modista, ni más periódico que la hoja del último figurín?

Pero en esto de la lectura hay un escollo, el de saber elegirla. La manga ancha va desparramando en la plaza tal turbión de papeles llamativos, perfilados con gracia y colmados de colorines; de libritos con títulos insinuantes, que es difícil sustraerse á la novedad del lápiz ó al concepto malicioso, cuando no procax, de la novelucha ó de la sátira. Esto es lo que impresiona á la imaginación, lo que flota, lo que atrae, lo que abunda, y precisamente lo que daña. Esto lo que se escribe y se imprime con éxito, lo que leen los que no tienen costumbre ni gana de leer; lo que se vende y lo que se compra. Pero libro ó periódico que ostente en su cubierta el dictado de católico, no faltará erudito á la usanza, aun entre los católicos mismos, que se empache al citarle, juzgándole únicamente útil para la recomendación del alma, y como el alma juega poco papel en la actual representación de la comedia humana, hay que preferir todo aquello que nos divierta aunque nos pervierta, que nos aleje escrúpulos de conciencia, y no lo que rectifique dichos, hechos y costumbres, para sacarnos del tole tole de este vasto estado flamenco.

No, señores míos y lectores: si lo cortés no quita lo valiente, lo católico no quita lo sincero, lo social, ameno y tratable. Nuestra REVISTA ha demostrado esta tesis vulgar durante el período de 1888, y espera seguirla demostrando en el transcurso del año 1889 que felizmente reina. Seguirá trabajando bajo el fecundo lema de « Amor y paz, » que resplandece en todos sus escritos, sumisa á las verdades eternas de la Religión y á los altos decretos de la Iglesia, esperando merecer la bendición del Soberano Pontífice, y sustituyendo en su vocabulario la palabra egoísmo con esta otra: caridad.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

1888



¿Qué hora es? — me preguntó mi amigo X....

Saqué del bolsillo el reloj y miré: señalaba las doce menos cuarto.

No pude contener un estremecimiento.

¡Sólo faltaba un cuarto de hora para que otro año se hundiera en el abismo de lo pasado! ¡Sólo faltaba un cuarto de hora para que llegase ese momento fatídico, de infinita melancolía, en que desaparece un año y surge otro en la escena de la vida!

¡Un año más! Mejor dicho: ¡un año menos!

Había llegado la fiesta á su momento álgido. Las bujías, á medio consumir, algunas corridas marchando velozmente á su término, imagen todas de la vida humana que se consume ardiendo, arrojaban sus resplandores vivísimos sobre las paredes, forradas de papel multicolor; sobre la alfombra; sobre las molduras doradas de los entrepaños y de los cuadros; sobre las figuras de los concurrentes.... Era un océano de luz en que nadaban preciosas

muchachas y tiesos caballeretes.... Enfrente de mí abríase una puerta, y á través de las pesadas cortinas oscuras, sostenidas en pabellón, se veía una serie de gabinetes, enlazados unos con otros, y todos espléndidamente iluminados, que vistos desde allí hacían el efecto de uno solo mirado entre dos espejos.... Muy lejos, en el fondo, una espléndida araña vertía sus resplandores intensos sobre una mesa cubierta de botellas, de ramilletes, de turrones y dulces.... La luz artificial, aunque sea tan viva como la que allí brillaba, hace el efecto de alejar indefinidamente los objetos: yo veía aquella mesa tan lejos de mí como un político de oposición mira siempre la del presupuesto....

Jugaban á los compadres. Una lindísima joven, en pie delante de un velador, sacaba de un gran cesto de mimbres las papeletas en que estaban escritos, en unas los nombres de los caballeros, en otras los de las damas que, al salir respectivamente apareados, contraían el parentesco espiritual, cuyos deberes, reducidos por parte del varón á regalar una caja de dulces á la comadre, y por parte de ésta á aceptar el regalo sin remilgos, no son cumplidos sin embargo en la gran mayoría de los casos por los compadres roñosos que ahora se estilan, y por tanto tampoco pueden ser cumplidos por las comadres, en atención á que si no hay quien regale, no es posible que haya quien acepte el regalo.... A cada nombre que salía saludaba el coro con triple salva de carcajadas y aplausos: la casualidad ó la mala idea de los que manejaban el cántaro (cántaro al fin, aunque en sentido metafórico, pues ya dijimos que era un cesto de mimbres) formaban compadrazgos deliciosos, algunos porque en efecto resultaban bien combinados, otros por el contraste ridículo de la desproporción entre los compadres.

Pero lo que excitaba más el entusiasmo, eran los versos escritos por los mismos poetas de la reunión al pie de las respectivas cédulas, y algunos de los cuales eran, en efecto, muy bonitos.

A una muchacha, por ejemplo, que vive en la calle del Caballero de Gracia, y que es, efectivamente, muy graciosa, le salió este precioso cantar:

Llaman de Gracia á tu calle
Porque tú vives allí;
El día que tú te mudes
Le quita el nombre T....

(Aquí el apellido del poeta, que no estoy autorizado á revelar.)

Las señoritas de la casa también habían tenido buena mano de musas, quiero decir, que también habían sabido inspirar versos no malos. Una de ellas es viva como la pimienta, la otra grave y reservada: el poeta había querido unir ambas gracias en un solo cantar:

La reserva me enamora
Y la viveza me encanta;
Son dos niñas muy bonitas,
¡Caballeros! ¡Son muy guapas!

Si ustedes no se incomodan,
Ahora mismo voy al Papa
A pedirle su indulgencia
Para casarme con ambas.

Los aplausos, la bulla y algazara, eran cada vez mayores y más estruendosos.... Corría el tiempo sin sentir, y sin embargo, ¡sólo faltaban minutos para que concluyera el año!

¿Qué es un año?
Nada.

La tierra ha dado una vuelta alrededor del sol, y empieza otra. Estas revoluciones periódicas, de cuyo principio sólo sabemos que Dios las dispuso, de cuyo término sólo vislumbramos que concluirán cuando Dios quiera, lo cual por un aspecto es sa-

berlo todo, y por otro es no saber nada, no tienen, sin embargo, una muy directa relación con nosotros; los hombres las han escogido de un modo arbitrario para medir el tiempo, como escogieron la plata y el oro para representar el valor y facilitar los cambios, como escogieron los montes y los ríos para separar los continentes, las naciones y las provincias. Pero como las escogieron pudieron no hacerlo, y nada se hubiera perdido por eso. Así como contamos los años por vueltas del sol, pudiéramos contarlos por vueltas de la luna ó por resurrecciones de la naturaleza vegetal, ó por las crías de los pájaros, ó simplemente por la reunión de un número determinado de días, ó no contarlos de ninguna manera. De Derecho Divino natural sólo existe *el día*; para los que creemos en la revelación, en las Sagradas Escrituras, también es de Derecho Divino *la semana*, con sus días festivos correspondientes. Pero el mes, el año, el siglo, son como las épocas, las edades, los períodos y los momentos históricos, creaciones humanas, y por tanto arbitrarias y contingentes. Decimos hoy *el siglo de Pericles*, y resulta que Pericles no vivió en ningún siglo, porque cuando Pericles gobernaba á los atenienses no había siglos, esto es, no se contaba por períodos de á cien años. Los siglos parecen la cosa más vieja del mundo, y, sin embargo, los siglos son modernísimos. *Cuarenta siglos os contemplan*, dijo Napoleón á sus soldados, señalando á las Pirámides; y ¿qué sabían las Pirámides de siglos? ¡Son mucho más viejas que los siglos!

¿Por qué, sin embargo, la última noche del año es tan triste? ¿Por qué es tan solemne?

Es que la última noche del año es la fiesta del *Tiempo*, la solemnidad que periódicamente se consagra á esa melancólica sucesión de días que nos va empujando hacia la muerte....

Porque el que dice *tiempo* dice *muerte*.

Y el que piensa en la muerte se pone triste.

Me levanté. La fiesta continuaba brillante y animadísima. Habían empezado á bailar. Las parejas corrían desatinadas de un punto á otro, arrastradas en el torbellino, como todos corremos arrastrados en el de la vida, movidas por las ondas sonoras de la música como nos mueven á todos las ondas sonoras de nuestros deseos nunca satisfechos, de nuestras ilusiones jamás realizadas.

Me fuí á un rincón, y desde allí puseme á contemplar aquel movimiento que me parecía extraño, extravagante casi.... Las figuras de los que bailaban aparecían y desaparecían rapidísimamente delante de mí, como aparecen en el tiempo las personas y los sucesos.... Unas veces los veía iluminados á plena luz; otras, acercándose demasiado, me robaban la luz de las bujías, dejándome en misteriosa penumbra

Yo ya no veía la fiesta. Miraba hacia el año que se desvanecía por momentos.... ¡Sólo faltaban ya seis minutos!

¡Año que te vas! ¿Por qué no te detienes?

¡Oh! ¡Con qué claridad me presenta la memoria los sucesos que durante tu curso acaecieron!

Recuerdo aquella luminosa mañana de 1.º de Enero, llenos de fieles los templos todos de la cristiandad, el Catolicismo entero alborozado....

¡Era la mañana del Jubileo de León XIII!

Allá en Roma millares de peregrinos, prosternados bajo las bóvedas suntuosísimas de San Pedro, asistían al sacrificio incruento de la Misa, celebrada por el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Y doscientos millones de católicos, esparcidos por la faz del planeta, asistían también en espíritu á la celebración de aquella Misa.

¡Con qué ansiedad esperábamos aquí en Madrid los telegramas y correspondencias de Roma! ¡Con qué placer leíamos las cartas de Emilia Pardo Bazán, que luego, coleccionadas, formaron un libro precioso por las galas del estilo!

Las emociones sentidas por los católicos en los días del Jubileo son de las que jamás se olvidan.

El Jubileo Sacerdotal de León XIII hará famoso en la historia el año de 1888.

* *

Pero la imaginación no descansa, y en ciertos momentos su movimiento es vertiginoso. Apenas veía yo nada de lo que me rodeaba. Las parejas, las bujías, el salón, la perspectiva de los gabinetes, la lejana mesa, el color de las paredes, las cortinas y cogalduras, todo lo que me rodeaba, en fin, constituía para mis ojos una masa confusa, laberíntica, indescifrable; algo como telón de fondo, de color gris oscuro, sobre el que aparecían y desaparecían las figuras, los sucesos, los recuerdos del año que agonizaba. Tras el *fantasma blanco* del Jubileo, surgió un fantasma lúgubre, un lecho de muerte, una verdadera *cama imperial*, solemnes funerales, dos millones de guerreros que lloran, cincuenta millones de seres humanos que confunden sus sollozos en un solo sollozo, sus lágrimas en un océano de dolor.... Es allá, en el norte, cerca de las regiones hiperbóreas, en medio de los campos tristes de la antigua tierra de Prusia, en una ciudad, villita murada ayer, hoy capital espléndida y maravillosa.... Un emperador de noventa y dos años agoniza. Era el vencedor de Europa, casi el señor del mundo. Los más poderosos de la tierra se inclinaban ante él. En su carro de guerra había recorrido las campiñas más fértiles, y el rayo disparado por su mano olímpica había matado millones de hombres. Ninguno de sus enemigos, y los tuvo numerosos y formidables, prevaleció contra él. Sus adversarios quedaron pulverizados a su presencia, y sus amigos se engrandecieron por el prestigio de su nombre. Era Guillermo I de Alemania. Le llegó su hora. Sólo Dios es grande, dijo Bossuet. *¡Sic transeat gloria mundi!*

* *

El fantasma de Guillermo I desaparece. Ha entrado en el panteón marmóreo de Postdán a dormir el sueño eterno, al lado de su madre la reina Luisa. Otro fantasma surge. Es el de una figura simpática, resignada, triste, casi una figura de mártir. El emperador Federico I, cuyo breve reinado dentro del año empieza y acaba, evoca melancólicos recuerdos; sus tendencias, más humanitarias que germánicas, le harían poco simpático en su país; pero le aseguraron en vida, y le asegurarán siempre la simpatía universal de los hombres de bien....

* *

Mientras que Alemania cambia tres veces de emperadores, en Francia se hunde el partido oportunista, predominante desde la caída de Mac-Mahón, y ocurren aquellos escándalos judiciales en que los nombres de Wilson y Caffarel obtienen una celebridad poco envidiable. Otra figura que se desvanece allá lejos entre las largas botellas de Jerez, detrás del gran ramillete de piñonate, coronado de un enorme ramo de flores contrahechas; la de Mr. Grevy.

* *

Los días son más largos y, como es consiguiente, las noches más cortas. Hay nacarados crepúsculos. Los vespertinos son deliciosos. Los árboles se han cubierto de hojas nuevas, y los pájaros, escondidos en las frondosas copas, cantan el himno eterno.... Venden por las calles lilas y rosas. Las muchachas casaderas sienten dentro del corazón un no sé qué, y los muchachos, recién llegados a la pubertad,

también sienten algo muy intenso, muy dulce y muy vago.... ¡Es la primavera!

La Exposición de Barcelona abre sus puertas. Delante de nuestra gran ciudad las escuadras de todo el mundo se congregan. La Reina Regente, esa figura tan blanca, tan melancólica, tan simpática, esa dulce mezcla de viudez y de majestad, de elevación y de desamparo, esa mujer triste y hermosa, que por reunir todas las grandezas tiene hasta la del infortunio, aparece ahora vestida de negro, con sus angelicales niños cogidos de las manos, recibiendo las ovaciones de un gran pueblo que se siente dichoso al verse regido por ella. El viaje triunfal de nuestra graciosa é interesante Soberana, aparece y desaparece como un meteoro brillantísimo en el teatro interior de mi fantasía.

* *

Crímenes inauditos, y entre ellos el más inaudito de todos, el famoso de la calle de Fuencarral, surge dentro de mí con sus horribles peripecias y sus expectativas ansiosas por parte del público; los periódicos arrebatados por centenares de miles, de manos de los vendedores, ¡enormes negocios movidos por generosas pasiones hábilmente explotadas!

* *

Crisis ministeriales, el veraneo, discursos de políticos en provincias, un Presidente del Tribunal Supremo fuera de combate, otras crisis ministeriales, el drama de Echegaray, el de Cano, la disputa entre bilbaínos y gaditanos a propósito de la construcción de la escuadra, las silbas famosas del último trimestre, y después de todo el submarino *Peral*, *Peral* en Madrid, las esperanzas de los buenos patriotas en el éxito de la empresa, las críticas de los prudentes, los zarpazos de los envidiosos, ¿qué sé yo cuántas cosas más....? Todo se agita, todo corre, todo aparece y desaparece sobre la masa gris del fondo, y entre tanto, á compás de la música, entre las ondas sonoras, los bailarines no se dan momento de reposo; se deslizan tan ligeros, tan locos como las mismas figuras que corren en la cámara oscura de mi cerebro....

De repente todos se detienen.... Ha cesado la música.... Yo me quedo absorto, como entontecido.... Pero mi amigo X.... me saca del éxtasis gritando:

Señores, murió 1888. ¡Viva 1889!

ANGEL SALCEDO RUIZ.

EL MEJOR IMPERIO

CUENTO

(A Lolita.)

La Reina.... yo no sé cuántas de.... yo no sé qué nación dió al trono una sucesión de un Príncipe y tres Infantas.

El Príncipe, por la ley, por el sexo y por la edad, al sentirse en orfandad, quedó proclamado Rey.

Llevó muy bien su corona: era atento, cariñoso, recto hermano, fiel esposo, en fin, muy buena persona.

Viendo á sus pobres hermanas con dotes muy reducidos, se dió á buscar tres maridos en las naciones cercanas.

Casó bien á la primera con un Príncipe heredado, que gobernaba un Estado colindante á su frontera.

Halló para otra acomodo en el hijo de unos Duques, con su ejército, sus buques y sus súbditos y todo.

Pero á la tercera, cero: por más que indagó con arte no encontró en ninguna parte un Príncipe casadero.

¿Qué iba á ser de la tercera? ¡Y cuidado que era mona! ¡Renunciar á una corona ó permanecer soltera!

La noticia, que debía vejar á la desairada, en vez de afectarle, nada: la circundó de alegría.

Era que, con fin muy sano, amaba en secreto afán á un gallardo Capitán de la guardia de su hermano.

Aquella declaración de su menguado destino, iba á ponerla en camino de revelar su pasión.

Al saberlo, el Rey, la Infanta, la Duquesa y sus parciales le anunciaron tantos males, que recordarlos espanta.

Hubo insultos, maldiciones, amenazas.... ¿qué sé yo? Y la Infanta se casó sin atender á razones.

Renunció del mundo al brillo y al oropel de la Corte, y se fué con su consorte á vivir en un castillo.

Allí pasaron los días felices con sus amores, siendo sencillos señores de unas tierras labrantías.

Sin galas y sin adornos, pero siempre al bien propicios, sembraron de beneficios todos aquellos contornos.

Si la Infanta recogía diversas plantas y flores que aliviaban los dolores de todo el que padecía, el Capitán, su marido, ofreció siempre su mano para sostén del anciano y asidero del caído.

Cobraban en bendiciones los frutos de su favor, y reinaban por amor en todos los corazones.

Hubo un Rey muy ambicioso que promovió grandes guerras para hacer con muchas tierras un Imperio poderoso.

En aquella vasta zona sembró la ambición sus duelos, y todos los reyezuelos se quedaron sin corona.

La Infanta y su esposo vieron á sus hermanos que huían; pero ellos nada tenían, nada quitarles pudieron.

De entonces la tradición repite en aquellas sierras que toda noble ambición prefiere, á reinar en tierras, reinar en el corazón.

JUAN JOSÉ HERRANZ

Madrid 29 de Diciembre de 1888.

CABECITAS Y CABEZOTAS



Es común sentencia de sabios y filósofos que los aduladores deberían ser desterrados de la república, porque envenenan el aire que respiran los poderosos, y dando á sus vicios color de virtud y de perfección á sus defectos, los alientan por el camino del mal y los hacen peores que la naturaleza misma pudo hacerlos. Si esto se ha dicho por el hombre, sér relativamente fuerte, organizado para señorear y cernirse sobre los abismos del mundo moral, ¿qué no diremos de los aduladores de aquella otra mitad del género humano, que por débil y flaca nos hizo perder el Paraíso, y que organizada exclusivamente para el amor y las pasiones, vive en ese mundo moral como en equilibrio inestable, amagando constantes caídas, ya de un lado, ya de otro, ya del lado del mal, ya del lado del bien, según los vientos que la soplan, hasta el punto de haberse podido escribir para ella por el más ilustre de nuestros pensadores la sentenciosa letra que dice:

Cabecita, cabecita,
tente en tí, no te resbales;

distico que es en nuestro concepto lo más profundo, significativo y propio que se ha dicho de las mujeres, pues sin faltar á la galantería que tanto les place, llama cabecita á la fábrica de sus pensamientos, pintándola de un rasgo como una diminuta monada donde cabe poco, y luego nos la asienta, no sobre alabastrina y torneada garganta, como es uso y costumbre de poetas ramplones, sino sobre sutil y peligroso resbaladero, de donde el menor desnivel, el desliz más mínimo, puede hacerla rodar y despeñarse.

Pues si convenimos en que los aduladores hayan de ser desterrados de la república, habremos de convenir también en que los aduladores de las mujeres deberían de ser previamente vapuleados á penca y á toda satisfacción mosqueados, y concluiríamos, en buena lógica, que no hay castigo bastante para esos cronistas de salones que dedican el tiempo y el talento poco ó mucho que Dios les dió, á hacer resbalar las cabecitas madrileñas, teniéndolas con sus escritos, como quien dice, en perpetuo azogamiento y tenguerengue. Corruptores de la república, sí, por su lado más flaco y corruptible, según dijo ya Platón muchos siglos antes de Jesucristo, cuando las mujeres solían ser madres de héroes y esposas de varones de Plutarco, y cuando él las creía ya dignas de alternar con el hombre en los cargos de su República.

Porque dejando á un lado toda fáfara y parlería, para entrar en una materia que es de suyo más grave y trascendental de lo que al pronto parece, entre los peores signos del tiempo que corre, que son muchos y muy malos, ha de poner todo observador, sin duda alguna, esa marea creciente de publicidad femenina que por obra de zurdos escritores está invadiendo la prensa, la sociedad y la familia, donde hace tantos estragos que ninguna escuela anárquica, ninguna doctrina disolvente, ningún principio revolucionario encontró nunca auxiliar más poderoso y mañero. No porque todos los días nos den en ojos las insustanciales crónicas de salones, con sus lluvias de perlas y brillantes, con sus ditirambos al lujo y á la holgazanería, y con sus procesiones interminables de mujeres *tipos* convertidas en diosas y ninfas por la adulación, ni porque los lectores de periódicos apartemos la vista, unos con desdén y otros con asco, de la columna que suele contener esas lucubraciones, debe prescindirse de que hay un número de cabecitas resbaladizas tan grande ó más que el que formamos los cabezotas que hacen de esa lectura su único pasto, su único entretenimiento, quizá

su único estudio y su única ilustración. Marea que sube hemos dicho, y en efecto, cuando apenas con el canto de la uña nos cogíamos el bozo que hoy convertido en copo de nieve por sí mismo se cae, sólo alguna vez que otra, muy de tarde en tarde, y en los últimos rincones del periódico, se veía la relación de alguna fiesta más ó menos rumbosa, un mes antes anunciada, donde por acaso algún parrafejo adulador á las señoritas de la casa anunciaba, *urbi et orbi*, «que tocaban el piano con maestría ó cantaban con afinación y buen gusto,» permitiéndose todo lo más algún pisaverde de los que entonces andábamos por el mundo con la pluma tras la oreja, dar ciertos toques vergonzantes sobre la majeza del vestido que su novia había estrenado, la cual le pagaba la atención.... como se pagan estas cosas entre enamorados, con una sonrisa, con un billete, con un apretón de manos á tapadillo. Hoy, ya lo vemos en la primera plana de casi todos los periódicos, y á diario; hoy la exposición de galas y *pedrerías* es permanente, permanente el pugilato de las vanidades y el torneo de las envidias é indestructible al efecto demoledor que en la sociedad hacen. La crónica de salones ha desterrado al grave artículo de fondo, y campeando á par con las importantes noticias políticas y con los telegramas del extranjero, se disputa la atención del lector desde que paga el perro chico. Llegará quizás á suprimirse todo suelto que contenga alguna reflexión moral, algún párrafo sesudo y grave; será despedido de las redacciones el noticiero que gaste más de seis líneas en los sucesos de excepcional importancia; los extractos de las Cortes, que ya se hacen en abreviatura, se harán en taquigrafía; llegará Madrid á parecer en su prensa una ciudad anseática, sin miembros, sin brazos, sin provincias, sin más relaciones con España y el resto del mundo que la sección telegráfica; se dará seguramente con la puerta en los hocicos al delegado del Vicario, que lleva el santo del día y las funciones religiosas; de teatros no se escribirá una palabra.... cuando no se trate de obras de Echegaray; de literatura y publicaciones, aunque los autores las regalen, ni aun escrito por ellos mismos se insertará un mal reclamo; el precio del pan y de la carne, con todo el movimiento mercantil, irán las madres de familia á averiguarlos, si quieren, á la capital de Cataluña; pero la crónica de los salones, á la misma Bolsa y aun á las mismas crisis ministeriales disputará la perpetuidad y el puesto preferente. Confeccionar un periódico era en lo antiguo arte especial y delicado; pero los del porvenir, ya nos parece estarlos leyendo. Facturas de perlas más ó menos enfangadas, y de diamantes más ó menos americanos; timos y entierros más ó menos perseguidos; sesiones de Audiencias de lo criminal más ó menos desmoralizadoras: he aquí lo que ocupará invariablemente la primera plana de todos.... á no ser que entren en la puja las máquinas Singer, el doctor Garrido y Porras el dentista.

Aquí llegábamos con estas líneas mal humoradas, cuando nos asaltó el siguiente escrúpulo: — «¿Será que el revuelto hipocondrio nos haga dar importancia á un signo del tiempo, que en puridad parecerá á la gente una monomanía periodístico-social como otra cualquiera?» — Pero cata que en volandas nos traen á las manos *El Correo* de hoy 20 de Diciembre, y muy en buen hora y con rarísima oportunidad, pues su Director, con el buen sentido que le caracteriza, en dos lugares nada menos hace gala de pensar como nosotros, convirtiéndose espontáneamente, no ya en testigo de mayor excepción, sino en reo convicto y confeso, aunque por la muestra arrepentido, de lo que van menudeando «esos alar» des del aspecto brillante de los salones de nuestra «alta sociedad, de las alhajas y encajes que llevan «las señoras, y de los ricos manjares que se consumen ó derrotan en sus mesas.» Y aun hace más el

bueno de nuestro amigo, que protesta contra su mismo periódico, é invocando el recuerdo de los pobres y humildes, que leen esas insensatas relaciones, quizás con el estómago vacío y los ojos llenos de lágrimas, propone á las altas clases el ejemplo de Inglaterra, donde «ya por el concurso constante de las «damas, ya por la intervención de los caballeros, se «ve que cuidan de la enseñanza, de la beneficencia, «de las costumbres, y que, *si en días contados lucen «sus diamantes y sus riquezas* en grandes saraos, de «ordinario, con bastante frecuencia al menos, atienden á los pobres, á los enfermos, á los afligidos, á «los ignorantes, á las viudas, á los huérfanos....» Llegá, en fin, el Director de *El Correo* en este buen camino hasta sacar á la vergüenza pública el nombre del redactor encargado de esta sección de su periódico, lo cual nosotros ni aun con tal ejemplo haremos en este artículo, por tratarse del más atildado é inofensivo cantor de las *soirées* y las *sauteries*, aunque sea quizás el Víctor Hugo de esta literatura malsana, cuyas faltas ha convertido en pecados mortales, como todos los imitadores, la turbamulta de los revisteros de menor cuantía.

Porque nosotros no acusamos por ello á las altas clases, ni nos parece siquiera insólito que se dejen arrastrar por esa corriente desenfrenada de publicidad antisocial y antipolítica, que obran al fin como siempre, con el aturdimiento y la inconsciencia de los que desconocen su misión directora y por ende merecen ser dirigidos, y mal dirigidos; ni olvidamos tampoco que esas clases, bajo el aspecto que nos ocupa, se componen principalmente de las cabecitas de marras, á quien en toda ocasión y á toda hora hay que estar diciéndoles:

Tente en tí, no te resbales....

Nosotros acusamos á esos bastardos descendientes de los poetas libertinos de Francia, que hace un siglo por ahora preparaban la sangrienta Revolución del 93 desde los tocadores á la Vallière y á la Pompadour, con más acierto que Voltaire y los enciclopedistas, pervirtiendo las costumbres, afeminando los caracteres, y excitando las malas pasiones del pueblo con la adulación sistemática de las cortesanas y de lo que hay en los poderosos menos plausible, menos loable, menos digno, en fin, de ser presentado por modelo en mitad de la plaza pública, que son sus riquezas, cuyas fuentes nunca suelen ser tan puras que resistan un diario análisis cualitativo. ¿Quién negará que estarían mejor ciertos brillantes y ciertas perlas en el fondo de los armarios, donde no los viera nadie, que no relumbrando á todas horas en las columnas de los periódicos entre nubes de incienso y aureolas de adulación, para recordar aquellos versos de Villamediana:

Diamantes que fueron antes
de amantes....?

¿Quién negará que por resbaladizas que sean algunas de las mencionadas cabecitas, lo menos estimable y digno de aplauso que en ellas podría ver un hombre discreto serían esas joyas que acaso por dentro les estén punzando como corona de espinas?

Y cuenta que el Director de *El Correo* sólo ha tratado la cuestión bajo el aspecto de la moral universal, que aun prescindiendo de la cristiana, tiene ella otros muchos no menos trascendentales y pavorosos. Desde luego el de la inoportunidad política no puede ser de más bulto, que en las épocas democráticas juegan con fuego las clases que llamamos conservadoras, antes que por lo que saben conservar por lo mucho que tienen que perder, marchando contra las corrientes, no ya de las ideas, sino de las pasiones populares, en cuyo fondo, é informándolas y compenetrándolas á todas, está la que califica el Catecismo de tristeza del bien ajeno, la ruin envidia, madre común de los más peligrosos movimientos del alma humana en toda época y en las de-



BUZÓN DE REYES, CUADRO DE SOBRICHÓN.

mocráticas mayormente. Además, cuando ocupa el Trono español una Señora modesta y dolorida, que sólo se acuerda del lujo femenino en aquellas ocasiones en que contribuye á la majestad de la realeza, parece por lo menos descortesía y forma sin duda un contraste muy poco honroso para aquéllas que en ataviarse y cargarse de reliquias, como el asno de la fábula, gastan sus días y sus noches, hacerlas pasar revista á toda hora ante los ojos de un público, nada benévolo ciertamente con las miserias humanas, por lo mismo que él es prototipo de todas las miserias. Y si de esta inconveniencia política puede resultar ciertamente algún bien, dando por ese mismo contraste prestigio al Trono, y relieve á las virtudes de la dama que lo ocupa, en cambio se muestra lo deleznable de sus fundamentos y lo peligroso de su situación; que cuando una sociedad está corrompida, cuando las mujeres sólo piensan en ruinosas futilidades, poca firmeza pueden tener las instituciones, que árbol plantado en mala tierra cualquier soplo de viento lo desarraiga. Donde no hay madres no puede haber Gracos, y todavía no hemos visto á una sola matrona en esas crónicas hacer alarde de tener hijos doctores, ó ingenieros ó literatos, y en cambio las vemos todos los días lanzar á sus hijas al tráfigo del mundo, como quien lleva á un mercado frutas primerizas.

Doble inoportunidad también, si se considera el crítico momento en que se ha desarrollado tan peligrosa monomanía, cuando las conciencias más timoratas y los espíritus más firmes empiezan á preguntarse, en sus soliloquios con el alma, si van desaminadas las escuelas que aspiran á una renovación social, y si en las evoluciones futuras del derecho y de la política será posible mantener el de la holganza, el de la acumulación de las riquezas, el de la explotación del hombre por el hombre en ninguna medida ni en ninguna manera. Los que sostienen que hoy nada pasa en el mundo que no dé la razón al socialismo, puesto que inconscientemente laboramos todos su campo, desde los gobiernos que á impulso de necesidades fatales disuelven la propiedad con impuestos superiores á la renta, hasta la mesocracia, que vive casi universalmente desnivelada y que aprovecha su participación en las cosas públicas para crear una sociedad sin bases, unos organismos sin sustancia y unas generaciones sin fe, pueden sumar, y sumarán sin duda, á esos datos de primer orden, el constante alimento que dan al odio del pobre contra el rico, las apoteosis de la molice y del *dolce far niente*, los ditirambos á los esplendores del gran mundo, que están haciendo de ciertas mujeres de Madrid constante objeto de observación, de envidia, de crítica.... y aun de calumnia por ende.

¿Será posible que no hayan escuchado esos inconscientes articulistas, como nosotros, los comentaristas, las apostillas, las notas y escolios que suele inspirar la lectura de sus lucubraciones, y no ya entre las clases bajas, ni entre las medianas siquiera, sino aun en aquellas mismas á quien todos los días les dan con el bota-fumeiro en las narices? ¡Sordos serán por cierto! ¡Hay tantas duquesas y marquesas que en su intimidad se lastiman de que las nombren las crónicas al lado de otras marquesas y otras duquesas! ¡Hay tantos hombres decentes que se pasan la mano por los ojos cuando ven á sus mujeres figurando en ciertas casas á donde la conveniencia política ó social pudo llevarlas; pero á condición de que todo el mundo lo ignorase! Pues y cuando se leen los periódicos al amor de la chimenea, en corro parlante y bullicioso de amigas murmuradoras, que se saben al dedillo cómo y cuándo A.... completó aquella sarta de perlas que lucía; dónde tuvo empuñada B.... muchos años su *rivière* de brillantes; por qué C.... gasta unas *dormilonas* que valen más caudal que el de su marido; cuántos miles de duros debe D.... á la pobre modista X....; quién perdió la pul-

sera que se ha encontrado E...., y detrás de esto las historias ejemplares, los edificantes sucedidos, las escapatorias, las aventuras, la embriaguez (de Champagne.... y de vicio, que no falta), las jugadas de *besigue* y de *bacarrat*, los empréstitos, las usuras, sin contar los excesos, las debilidades, los escándalos, que éstos no entran en la cuenta de la murmuración, por ser moneda corriente en demasía.

Y no crean los melifluos revisteros que salen mejor librados de las lenguas sabidillas, pues como en puridad representan la conciencia pública, hacen con ellos lo que se hace en Andalucía cuando se quiere tronar un baile: darle á la guitarra el mayor garrotazo, como primer instrumento del delito. Si los infelices supieran las tiras de pellejo que les cuesta cada *buffet* y cada *lunch*, de que se atracan á última hora, callarían como muertos las glorias de cocineros y marmitones. — ¡Ah, glotón! — exclaman todas las bocas á una. — Ya pareció la madre del cordero. — Sacó la panza de mal año. — Por eso llama hermosa á la feísima de Fulana. — Y distinguida á Zutana, que parece una posadera. — Y modelo de virtud á Mengana. — Y como las tales crónicas van menudeando de suerte, que hay quien las escribe ya todos los días, al leer lo del *buffet* suele decir el coro: — «gorrón! ¡cata-caldos! ¡lechuzas! ¡perrillo de todas bodas! en tu casa no se encenderá la lumbre.» — De otro escritor, que suele llamar «las tres gracias» á unas señoritas muy feas y muy cursis, pero muy ricas, que andan cargadas de brillantes por esos periódicos, hemos oído decir á más de tres mil lenguas maldicientes: — «¿Cuánto le deberá al usurero de su padre?»

¡Quiera Dios que con estos sinapismos vuelvan en sí y abran los ojos, pues de lo contrario, habrá que cargarles la mano y secundarles el récipe, que la botica está llena, y como decía un poeta de capa y espada:

Aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

V. BARRANTES.

A FRAY LUIS DE GRANADA

EN EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE

Dios, que abate al soberbio hasta la escoria
y levanta al humilde hasta su alteza,
tu cristiana humildad tornó en grandeza
y á tu frente ciñó nimbo de gloria.

Hoy el mundo te admira, y en la Historia
son timbres de tu célica realeza,
de tu virtud la santa fortaleza
y el mágico poder de tu oratoria.

Pescador en los mares de la vida,
á las ondas lanzaste en sacro anhelo
las redes de tu ciencia bendecida,

Hallando como premio á tu desvelo,
en cada malla un alma redimida
y tras la lucha de la mar, el cielo.

Granada. CAYETANO DEL CASTILLO.

DEL DICHO AL HECHO....

« Como me lo contaron os lo cuento. »



sta historia, no es novela.

Corría el mes de Mayo de 1854, y en uno de aquellos días en que se notaba el malestar social que precede siempre á las grandes revoluciones, se hallaban reunidos al rededor de una mesa de un cafetín de la calle de San Pablo, de Barcelona, tres individuos que per-

tenecían al proletariado, y dentro de él á la llamada clase de tejedores mecánicos de algodón.

El más joven, Juan el americano, se diferenciaba de sus dos compañeros por cierta elegancia nativa, por cierta distinción de maneras que se compaginaban mal con su espíritu, francamente demagógico y con la grosería de su lenguaje; cualidades, estas últimas que le habían granjeado poderoso ascendiente sobre sus iguales.

Si me fuera lícito, según las huellas de Zola en sus primeras novelas (*L'abbatoir*, *Nana*, etc.), el diálogo de los tejedores resultaría un modelo de literatura tabernario-naturalista; pero los fueros del arte y el respeto que debo á los lectores y sobre todo á las lectoras, me obligan á no escribir lo que no se puede leer sin ofensa del propio decoro.

Para salvar este escollo y el inconveniente de que resulte descolorido el lenguaje, recurriré al medio de señalar el sitio de las palabras malsonantes que el avisado lector podrá llenar á su antojo, y así dejaré á cubierto mi responsabilidad de escritor verídico, sin quebrantar las reglas eternas de la moral pública.

Hechas estas declaraciones y salvedades, empiezo mi relato, diciendo que en la noche en que tuvo lugar la escena del cafetín de la calle de San Pablo, Juan el americano, como conclusión de un largo razonamiento, dijo á sus compañeros:

— Ya estáis enterados (aquí una interjección); la cosa anda que rabia, la revolución se echa encima, y es preciso que estemos preparados y esta vez no seamos tontos, sacando las castañas del fuego para que otros se las coman; á trabajar por cuenta propia (otra interjección); el que quiera truchas que se moje.... el cuerpo y que aguante el pujo.

— Da gusto oír cómo hablas — repuso el de más edad, que se llamaba Felip, — en cuanto trinque-mos la rueca ¡pediremos más salario y menos horas de trabajo y (la interjección de reglamento) que nos entren moscas.

— Con poco te contentas — replicó el americano; — es necesario apuntar más alto; los amos, los ricos, todos los conservadores viven de nuestra sangre (aquí una blasfemia); duro en ellos, y á partir capitales, casas y tierras. En cuanto se revuelva el fregado ¡qué sermones voy á predicar en la plaza de San Jaime! (la misma blasfemia), y si me ayudáis todos, veréis cómo sacamos algo bueno entre las uñas. El grito de guerra ha de ser « ¡abajo los conservadores! » y á partir.

— Juan — interrumpió el tejedor tercero, á quien apellidaban *El esmirriado*, — gracias á Dios que de nuestra clase ha salido un muchacho con tanto *pesquis*, tanta *labia*, tantos hígados y tanta *mímica* como tú (aquí una interjección de menor cuantía). Yo contigo siempre, no quiero nada con los señores. Mal rayo los parta, que después de llevarnos á las barricadas, se reparten los cañamones¹ y no se vuelven á acordar de nosotros....

— Hasta que nos vuelven á necesitar — replicó el americano. — Desde hoy en adelante cada cual que arrime el ascua á su sardina y á vivir.... Si los ricos conociesen sus intereses, debían dar á los pobres la mitad de lo que tienen.

El esmirriado interrumpió á Juan, diciéndole:

— Estoy seguro de que si tú fueses rico....

— Partiría con los pobres — contestó Juan — ¿quién lo duda?

— Conformes en todo y vámonos, que es muy tarde — dijo levantándose Felip.

Salieron los tres, despidiéndose en la puerta del café, y Juan tomó el camino de su casa pensando en la próxima revolución, en el papel que en ella

¹ El fusil, en la jerga de los obreros.

² Histórico. ¿Querría significar desenvoltura?

³ Los destinos.

iba á desempeñar, en los triunfos populares que le esperaban cuando perorase al aire libre, subido encima de una mesa á lo Camilo Desmoulins, con quien tenía alguna semejanza; así fantaseando, llegó á su casa, abrió la puerta, subió por la escalera, tarareando por lo bajo la Marsellesa, y al entrar en el mísero caramanchón que de vivienda le servía, encontró á una mujer como de cincuenta años dormitando junto á un brasero apagado.

— ¡Vaya un capricho! — exclamó Juan al fijarse en ella. — Madre, ¿por qué no se acuesta usted?

La mujer levantó la cabeza, y contestó pausadamente:

— Como no te veo en todo el día ni á primera noche, me he quedado esperándote para contarte una cosa que te interesa.

— ¿Tanta prisa corre?

— ¡Mucha! Juan....

La mujer se detuvo, como si una fuerza interior le impidiese hablar.

— Habla usted ó me voy.

— ¡Juan.... yo no soy tu madre!

— ¡Vaya una salida graciosa á estas horas! Cuando entré estaba usted dormida. ¿Seguirá usted soñando despierta?

— No, hijo mío.

— ¿No es usted mi madre y me llama usted hijo suyo?

— La costumbre de tantos años; te he criado á mis pechos, me he consagrado á tí desde que naciste, por tí daría con gusto mil vidas si mil tuviera...., pero no soy tu madre.

Entre inquieto y sorprendido, entre curioso y contrariado, Juan interrogó á Ana María.

— ¿Qué ha pasado en esta casa desde ayer á hoy? Sáqueme de confusiones pronto y bien, que ya sabe que no tengo la virtud de la paciencia. Habla usted ó reviente.

Y Juan redondeó la frase con la interjección-muletilla acostumbrada.

— Esta tarde — contestó Ana María — ha venido á buscarme un caballero, y ha dejado para tí una carta; tómala.

Cogiola bruscamente el joven, y en el cierre del sobre vió una cifra de oro y de colores y encima una corona de Marqués.... ó de Marquesa, que hasta ahora los signos nobiliarios no determinan diferencias de sexo y edad.

Rompió Juan el sobre, respetando cuidadosamente la cifra, sin darse de ello cuenta, y leyó la carta, que decía así:

«Hijo de mi alma: han desaparecido por fortuna las tristes circunstancias que te han tenido alejado de mí desde que naciste. Es una historia larga y dolorosa que te contaré algún día. Hoy sólo puedo decirte y debo rogarte que sigas sin vacilar las indicaciones de la persona que te verá en mi nombre, y que vengas cuanto antes á los brazos de tu desgraciada y amantísima madre.»

Hubo un instante de silencio.

— Usted debe conocer esa historia larga y dolorosa de que me hablan en esta carta — preguntó Juan á Ana María.

— Sólo sé que hace diez y nueve ó veinte años viniste á parar á esta casa por exigencia ó recomendación de un médico, á quien había servido de criado mi difunto marido cuando éste estaba soltero. El que te trajo nos dijo que te llamabas Juan, y que tu familia era americana. Acababa yo de perder á mi hija, y te crié lo mejor que pude y supe. Recibíamos por tu asistencia una pequeña cantidad mensual, y gracias á ella pudimos darte alguna educación; pero dejamos de percibirla cuando tendrías tú unos diez años; en esa época murió mi marido, y con todo el dolor de mi corazón te metí en una fábrica á que ganases algo para ir conllevando esta triste vida. Mi marido, antes de morir, me exigió

que no me separase de tí hasta que alguien viniera á buscarte, y que no me mudase de esta casa por ningún motivo, y he cumplido su última voluntad. No me preguntes más, porque nada más puedo decirte de este asunto, que siempre me ha parecido que transcendía á *lio de gente gorda*.

— Necesito ver y hablar con el hombre que ha traído la carta. ¿Qué clase de persona es? ¿Qué traza tiene? ¿Qué traje gasta?

— Es así como mayordomo de casa grande y prudente y bien hablado.

— Usted siempre tan boba (aquí la interjección-muletilla), no le ha pedido sus señas.

— Sí, se las he pedido, pero no ha querido dár-melas; me ha dicho que mañana á las nueve en punto estará aquí, y me ha encargado mucho que le espere. Ya lo sabes, Juan, y ahora demos punto y vámonos á la cama, que es muy tarde.

Entró Ana María en un pequeño rincón que le servía de alcoba, y Juan quedóse largo rato leyendo la carta y estudiando infructuosamente la cifra de oro y la corona, misterioso logogrifo aristocrático, cuya explicación esperaba obtener al día siguiente á las nueve de la mañana.

A esta hora, y con puntualidad inglesa, llegó el mayordomo de casa grande con un saquito de piel de Rusia, y se encontró de manos á boca con Juan, que fué quien le abrió la puerta de la escalera.

— Yo soy la persona á quien usted busca — le dijo, antes de que el mayordomo preguntara; — siéntese y usted dirá.

El mayordomo, que se llamaba D. Manuel, exclamó:

— Bendigo mi fortuna que me ha puesto en condiciones de desempeñar pronto y libre un encargo difícil y delicado. ¿Se ha enterado usted de la carta que dejé aquí ayer?

— Aquí está — contestó el Americano sacándola del bolsillo; y clavando la mirada en D. Manuel le preguntó con viveza: — Dígame usted ¿quién es? ¿cómo se llama? ¿dónde vive esa que debe ser una señora y que me llama su hijo? Quiero saberlo; y le advierto (aquí la interjección de costumbre) que si alguno se propusiese divertirse á mi costa (la interjección) no sé cómo lo pasaría, porque no ha nacido aún el que se ha de burlar de mí.

Las groseras interjecciones con que Juan salpimentaba su frase, produjeron en D. Manuel un deplorable efecto que se esforzó en disimular, abriendo el pequeño saco de mano como si en él buscara algo.

Juan, impaciente, pedía la explicación de la misteriosa historia en que desempeñaba el papel de protagonista, y contestóle D. Manuel que nada sabía.

— ¿Nadie sabe nada? — replicó encolerizado. — Necesito una prueba que me convenza.

— Aquí la tiene usted — contestó el mayordomo — como que es usted el vivo retrato de mi ilustre señora; — y del saco de mano cogió un estuche y del estuche sacó una miniatura guarnecida de brillantes que puso en manos de Juan.

— ¿Esta es mi madre? — exclamó. — ¡Qué marco tan precioso y tan rico!

No es maravilla que los brillantes deslumbraran al pobre tejedor, cuyo espíritu, aspiraciones y concupiscencias se revelaron al departir con sus compañeros en el café de la calle de San Pablo; comprendió que el plenipotenciario D. Manuel formaría mal concepto de sus condiciones de carácter al ver el ansia con que miraba las piedras preciosas, y quiso indicar como que se fijaba exclusivamente en el retrato, encareciendo la juventud, la belleza y el señorío de la dama; y porque así lo creyera, ó para dar una muestra ostensible de desinterés (que no te-

nía) fué á devolver el retrato á D. Manuel, que no lo aceptó, diciendo:

— De usted es el retrato, que no mío: es el primer regalo de la noble señora que le dió á usted el sér, y que arde en deseos de verle y de abrazarle.

— Pero.... ¿quién es mi madre?

— Mírela usted — contestó D. Manuel señalando el retrato. — Su madre de usted, mi ilustre señora, es una opulenta marquesa.

El adjetivo produjo en el mozo un efecto como el de los brillantes.

— ¡Una marquesa opulenta! ¿Y dónde vive mi madre?

— En la Isla de Cuba.

— ¡Ah! No sabía por qué me llamaban el Americano; ahora lo comprendo.

— ¿Tengo hermanos?

— Ninguno.

— Soy hijo único de una marquesa opulenta.

Juan hizo un gesto que revelaba una gran satisfacción.

— Señorito — dijo D. Manuel con atención respetuosa, y Juan, que no tenía costumbre de que lo llamaran así, volvió la cabeza creyendo que había entrado alguna persona, y no viendo á nadie, preguntó al mayordomo:

— ¿Hablabas usted conmigo?

— Con usted, para ponerme incondicionalmente á sus órdenes.

— En la carta me previenen que siga las indicaciones de usted.

— Lo que el señorito quiera....

Esta vez Juan no volvió la cabeza.

— Si el señorito ha de cumplir los deseos de la señora marquesa, preciso es preparar el viaje para Cuba, y no necesita esperar la salida del próximo vapor, porque á sus órdenes tiene un buque anclado en el puerto.

Juan estaba tan desorientado, tan confundido, que no sabía qué decir, qué hacer, ni qué pensar.

— ¿Resuelve el señorito embarcarse pronto?

Empezando con la acostumbrada interjección, contestó: — Cuanto antes mejor. Usted verá lo que conviene.

— De todo me encargo, con la mejor voluntad. Lo primero es que se vista usted con arreglo á su clase, y para esto y para lo que á usted se le antoje, aquí le dejo una cantidad — y diciendo esto puso sobre una tosca mesa de pino, término medio entre el taburete y la camilla, el saquito de piel de Rusia; y al despedirse añadió: — Dentro de dos horas estaré de vuelta para acompañar al señorito á casa de un buen sastre y para instalarlo en el hotel de las Cuatro Naciones, en donde tiene ya preparada su habitación, en el principal.

Al quedarse solo Juan, se preguntó á sí mismo si estaba soñando, ó si se había vuelto loco, y el saco de mano se encargó de contestarle que todo era una viva y venturosa realidad. Dentro de él había 3.000 duros en billetes de banco, y 2.000 en monedas de oro, contante y sonante, y aquellos 5.000 duros ¡eran suyos! y suyos los brillantes de la preciosa miniatura, y además tenía un buque anclado en el puerto, y habitación en el principal de la primera fonda de Barcelona, y allende los mares una madre opulenta y era.... ¡hijo único de la opulenta señora!

Los sueños de la lechera resultaban una niñería, una insignificancia ante las espléndidas realidades que se habían concertado y fundido, en el espacio de pocas horas, en provecho del joven tejedor.

Ana María, que, como mujer ordenada y previsora, se llevaba el picaporte siempre que salía de casa, entró, sin ser vista ni oída, á tiempo que Juan estaba abstraído, examinando los billetes de banco; so-

nando las monedas y admirando la luz deslumbradora de los brillantes del retrato.

— Juan, ¿ha venido ese hombre?

— Sí, madre.

— ¿Y qué?

— Mire lo que me ha dejado. — Me parece (aquí la interjección) que esto va de veras.

— ¡Jesús! — exclamó Ana María al ver tanto oro reunido. — Y esto ¿qué es? — preguntó al fijarse en la miniatura, y Juan le contestó:

— Es el retrato de mi madre, una marquesa.

Oprimiósele el corazón á Ana María.

— Ya me figuraba yo que, más tarde ó más temprano, saldría á relucir alguna señorona, — y con acento en que vibraba, mal disimulado, un sentimiento de envidia, prosiguió:

— Es guapa... y de buena edad; pero la marquesa no será mucho más joven que yo.... Bueno, adelante, y ¿qué han resuelto ustedes?

— Salir muy pronto para Cuba con D. Manuel, que es el mayordomo de mi madre: acertó usted: tiene usted un golpe de vista seguro (aquí la interjección).

— Oye, Juan: puedes ir perdiendo la mala costumbre de jurar á un dos por tres, que esas palabrotas son impropias en boca del hijo de toda una señora marquesa.

Juan repitió sin advertirlo la misma interjección, y prosiguió:

— Hoy empiezo el aprendizaje de mi nuevo oficio: todo se andará.

La noticia del inesperado cambio de fortuna del Americano circuló, con la rapidez del rayo, entre la gente de las fábricas, y contribuyó á acreditarla la circunstancia de que aquél había dejado desiertos sus telares.

¿Quién es capaz de imaginar el cúmulo de exageraciones y de embustes que resultaron á las pocas horas de haber empezado á difundirse la noticia? Sucedió lo que siempre acontece: al pasar de boca en boca, cada cual agregaba algo, y la historia fué tomando colosales proporciones, como crece la bola de nieve que va rodando por un plano inclinado. La guarnición del retrato de miniatura se convirtió en tres espuelas de brillantes, rubíes y esmeraldas, los cinco mil duros subieron á siete millones en onzas mejicanas, y la marquesa madre cambió de sexo.

Uno de esos habladores sempiternos, que están al tanto de todos los secretos de España y Ultramar, contaba metido en un círculo de personas capaces de comulgar con ruedas de molino, que no había tal marquesa ni tales carneros. El orador sabía de buena tinta que Juan era hijo natural del que era á la sazón Presidente de la República de los Estados Unidos, y antes tendero de ultramarinos en un arrabal de Nueva-York. El yankee vino á España en cierta ocasión á comprar toda la cosecha de avellanas de la provincia de Tarragona, y por vía de muestra media docena de pipas de vino del Priorato; embarcó los efectos y se pasó á Barcelona, en donde conoció á una hermosísima joven, hija de un capitán retirado, que vivía en Gracia, en el cuarto tercero de una casa, esquina á la travesera, etc., etc., y concluyó el *se dicente* bien informado, diciendo á su pacientado y maravillado auditorio:

— Caballeros, me parece que la cosa está clara como la luz, y el que quiera saber más que vaya y se lo pregunte al Presidente de los Estados Unidos.

¡Lo que puede un cambio de traje! Juan, al día siguiente de haber conocido á D. Manuel, estaba hecho un caballero, y ocupaba ya el principal de la fonda de las Cuatro Naciones; como todo advenedizo, como rico nuevo, se compró varias alhajas y

una cierta bata de terciopelo azul con forros de seda, con tales y tan historiados cordones, que no había más que pedir. Fueron á visitarle muchos compañeros, entre ellos el *Esmirriado* y Felip, que se quedaron estupefactos al verle envuelto en su lujosa bata de finísimo terciopelo.

Con un gesto expresivo y cómico, exclamó Felip echando su correspondiente *taco*:

— ¡Hombre, hombre! Pareces un comediante con ese vestido de mujer que te has echado encima. ¿Con que es verdad que de la noche á la mañana has pasado de pobre como una rata á rico como el Xifré¹ de la plaza de palacio? Me alegro (aquí la consabida interjección), echa esos cinco, y le estrechó la mano con efusión, y el *Esmirriado*, siguiendo el ejemplo de Felip, dijo con inocencia verdaderamente paradisiaca:

— Juan: también yo me alegro de tu cambio de fortuna, por tí y por todos nosotros.

El Americano hizo como que no entendía la alusión.

— ¡Ah! — dijo Juan. — Con estas novedades me se habrá olvidado advertirte que aquel Señor que se entiende con los tejedores de nuestra sección, me ha encargado que te diga que esta noche no faltes á las once, en la casa que sabes. Creo que nos echaremos á la calle dentro de dos días lo más tarde (siempre la misma interjección); se va á batir el cobre en toda forma, y caiga el que caiga.

— Dí á ese señor — contestó Juan con ademán firme y resuelto — que no puedo asistir á la reunión... porque ando muy atareado:

— ¡Tendría que ver — interrumpió el *Esmirriado* — que te echases atrás cuando se acerca el día de dar el grito contra los conservadores, y cuando habías de *largar* aquel sermón que nos ofreciste.

— Las cosas cuanto más claras mejor — contestó Juan. — Ni pienso ir á la reunión de que me ha hablado Felip, ni pienso salir á la calle, ni pienso predicar en ninguna parte.... No pienso más que en irme á la Habana. Las circunstancias varían y varían los hombres.

— ¿Si te volverás conservador? — exclamó el *Esmirriado*, y le cortó la palabra Felip diciendo:

— No se volverá, porque ya lo es (aquí una sarta de interjecciones). ¡Parece mentira lo que pueden los faldones pegados á la chaqueta y esa condenada colmena! — Y señalaba al mismo tiempo el sombrero de copa de Juan, que estaba encima de la mesa.

— ¡Explícate, hombre rico! (interjección) explícate! — exclamó Felip con aire despreciativo y provocador.

Como si le hubiera picado una víbora, Juan, que estaba sentado, de un salto púsose en pie, y contestó con voz vibrante y enérgica:

— ¡A mí nadie me tose, ya lo sabéis; y cuidado cómo se habla! Lo que ha pasado es lo más natural del mundo. Cuando no tenía nada que perder era, francamente, revolucionario. Hoy tengo que perder y soy conservador de lo que tengo, como lo seríais vosotros si os encontráseis en mi caso.

El *Esmirriado* le interrumpió diciendo:

— Tú has sido comunista y querías partir....

— El dinero ajeno — contestó Juan imperturbable. — Hoy, que lo tengo mío, es otra cosa.

— Tú nos dijiste en el cafetín, hace seis días, que si fueras rico partías con los pobres.

— No me acuerdo.

— Lo dijiste — respondió Felip frunciendo el ceño; y Juan, echándole una mirada que podía ser precursora de una terrible explosión, contestó:

— Sí lo dije, no me apuro por tan poco. Ya sabéis el refrán:

DEL DICHO AL HECHO VA GRAN TRECHO, y tenga-

mos la fiesta en paz, y no olvidéis que dentro de este *vestido de señor* está Juan el Americano, con los mismos hígados que tenía cuando manejaba la lanzadera en la fábrica de la Riereta.

Los dos tejedores amainaron velas, y prosiguió Juan con la calma que presta una incuestionable superioridad.

— Dentro de dos días me embarcaré para la Isla de Cuba. Si se ofrece algo, á mandar con franqueza.

FEDERICO MUNTADAS.

SALUTACIÓN

Año de mil ochocientos ochenta y nueve: salud; cuando muere tu hermanito sales del mundo á la luz. San Silvestre le echó fuera diciéndole: «viejo, abur,» como á ti á los doce meses te mandará al ataúd. Antes que vaya un *reporter* á pedirte un *interview* sobre cuál será en el mundo tu política actitud, te pondré en autos de tipos que en constante bululú se agitan en esta villa de los tarugos y el *puff*. Verás el vicio en carroza y en carreta la virtud, y cristianos más judíos que los de «muera Jesús.» Ateos que en Dios no creen, cosa hoy muy *chic* y *pschut*, pero son espiritistas y hablan con Noé ó Mambrú. Concejales que entran pobres á servir al pro común, y resultan pro-pietarios, y hablan al Banco de tí. Políticos volanderos que, según les dan betún, gritan: «arriba ó abajo» con igual solicitud. Damas que reciben gente de sangre blanca ó azul, aunque no son *ejemplares* sino en dar buen ambigü. Solteras que buscan novio, mirando á Norte y á Sur con más fervor que Pizarro fué á conquistar el Perú. Papás constitucionales que, en constante esclavitud, nunca reinan ni gobiernan, y no dicen tús ni más. Niños, precoces de suyo, que en la adolescencia aún se las echan de más hombres que el que cargaba el obús. Empleados que se marchan á Matanzas ó á Zebú, y se traen media provincia encerrada en el baul. Prestamistas y editores de la clase de zulús, y en todas partes caciques que mandan á *vultuntum*. Bolsistas que juegan fuerte, y si se tuerce el albur no pagan á nadie, y salen, como el gato, haciendo «fú.» Escritores *verderones* que dan á la multitud

¹ Xifré vale tanto en Barcelona, como Fúcar en Madrid.

guindilla por alimento,
y la moral dice «abur.»
Y otros mil tipos que callo,
pues los romances en ú
fueron siempre más difíciles
que aprender el volapuk.
Conque año recién nacido,
vuelvo á decirte «salud,»
y que Peral te haga célebre
con su buque *pas-se-par-tout*.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

No habrá en la Corte olvido para el acto de caridad verificado en el año 1885 por las Señoras que rigen este Asilo. Auxiliadas por otras muchas y distinguidas damas, poniéndose, como movidas por un mismo sentimiento, personalmente á servicio de los pobres mendicantes; acudiendo con sus propios recursos y la ayuda ajena, á la necesidad más imperiosa, el alimento, establecieron aquel invierno el servicio de la *Sopa* que miles de desvalidos, ancianos, niños y mujeres lactantes recibieron de sus manos, durante tres meses. Y de tal suerte crecieron los medios para esta obra humanitaria, que la sopa se convirtió muchos días en almuerzo con vino para las madres en estado de lactancia.

Al presente, y atendiendo á idénticas razones que las que movieron el espíritu de los iniciadores, puesto que la mendicidad en la calle y la miseria, lejos de disminuir aumentan, las puertas del Asilo han vuelto á abrirse desde el 27 de Diciembre y lo estarán, Dios mediante, hasta 15 de Marzo, de cuyo día es víspera Santa Matilde, nombre que tan reglamentadamente suena en los oídos de los pobres que tienen por amiga y protectora á esta Santa Casa. Hasta la fecha no es menor que en 1885 el número de los solicitantes al diurno pan, y por mucho que se aumente, la fe en la Providencia, tan arraigada en los que practican este bien, atraerá nuevos brazos y creará nuevos recursos para mantenerle.

CRÓNICA

En la Basílica de San Pedro se celebró el 30 de Diciembre un solemne *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso por las bendiciones con que ha colmado á Su Santidad León XIII en su jubileo, al que asistieron 50.000 peregrinos de todos los países de la cristiandad.

El acto fué imponente y magnífico. En las tribunas de la Basílica se hallaba representado todo el cuerpo diplomático extranjero en Roma y gran parte de la aristocracia romana. El gran templo se hallaba atestado de fieles, que aclamaron al Papa.

—S. M. la Reina Regente ha concedido 10.000 pesetas al Ilmo. Sr. Obispo de Vich, con destino á las obras de restauración del histórico, artístico y monumental monasterio de Ripoll.

S. A. R. la Infanta Doña Isabel mandó hacer al artista Sr. Serra una copia de la Virgen que el mismo pintó, por encargo de Su Santidad, para reproducirla en mosaico, con destino al célebre templo. La indicada copia, regalada por S. A. al Sr. Obispo de Vich, se halla expuesta en la capilla de San Jaime de la Universidad de Barcelona, causando la admiración de cuantos la ven.

—Con profundo pesar anunciamos el fallecimiento ocurrido en Manila el día 1.º de año del Arzobispo metropolitano, R. P. Payo.

Era el virtuosísimo Prelado natural de Galicia, y pertenecía á la sagrada orden de predicadores de aquella orden; además fué procurador general, dis-

tinguiéndose siempre, en su alta misión apostólica, por su piedad y por su tacto.

Preconizado por Su Santidad en 28 de Enero de 1876, y consagrado en 12 de Marzo, tomó posesión de la Silla de Manila el 26 de Mayo del mismo año.

Dios habrá acogido en su seno al ilustre Prelado.

—Nuestro amigo y colaborador, el Sr. D. Melchor de Palau, ha acometido la acertada empresa de resumir en un folleto, titulado *Acontecimientos literarios*, los que se verifiquen durante cada año, comenzando por el de 1888, idea que le fué inspirada por la lectura de *The Literary World*, periódico quincenal de Boston, el que, al tratar de la literatura contemporánea de todo el mundo, revela grande desconocimiento de lo que á nuestra España literaria se refiere.

El erudito cronista dedica en este interesante trabajo un capítulo á la memoria del malogrado lírico Fernández y González; otro á la *Velada literaria en el Ateneo*, de D. José Zorrilla, y otro al romancero satírico de D. Eduardo Bustillo, *El ciego de Buena Vista*, con lo cual resulta un índice de materias ameno, oportuno y útil, en el que, para lo futuro cabe mayor amplitud. A la reseña de este año pasado, nos permitimos apuntarle, hubiera correspondido la obra *Diálogos de salón*, poesías representables, escenas sueltas, que empezó á circular á principios de Enero, con nuevas direcciones para facilitar en el seno de la familia la representación de piezas ligeras, reflejo de sanas costumbres.

Seguramente la primera entrega de *Acontecimientos literarios* del año, que se vende á peseta en la librería de San Martín, Puerta del Sol, tendrá la acogida que merece.

—Brillante y concurrida de auditorio selecto, fué la sesión profesional verificada el domingo último en el Salón Romero. El notable pianista Sr. Larregla, discípulo que hace honor á sus maestros los señores Arrieta y Zabalza, en fuerza de constante ejecución y estudio, ha logrado llegar á la meta, como demostró en las siete obras musicales del programa, todas de su composición.

En la *Serenata*, ejecutada con gusto y delicadeza, y en el concierto *en sol menor*, acompañado por el maestro Albeniz, obtuvo merecida ovación, repitiéndose el *scherzo* entre estrepitosos aplausos.

Del álbum de piezas sinfónicas, merecen singular mención el *minuetto* y el *scherzo*, y por último, haciendo oír la *mazurca de salón*, titulada *Coquetuela*, colmó el entusiasmo del público, que salió altamente satisfecho del espectáculo.

—Enviamos nuestra felicitación más sincera al señor D. Francisco de Paula Rius y Taulet, Alcalde de Barcelona, por el título nobiliario de Marqués de Olérdola que S. M. se ha dignado otorgarle, con aplauso de la opinión pública, y aún mucho más entusiasta, de los que asistimos á la Exposición universal, acontecimiento por el Sr. Marqués iniciado y dirigido, que llenará una página gloriosa en la historia de la España contemporánea.

—En el colegio de Tortosa ha fallecido, á los 22 años de edad, D. Luis Massaguer y Febrer, hijo de la Compañía de Jesús, por cuya sensible pérdida enviamos nuestro pésame á su señor padre y á su hermana, nuestra colaboradora, Doña Narcisa Massaguer.

—Su Santidad se ha dignado remitir al Rmo. Obispo de Plasencia la suma de 20.000 pesetas para el Seminario, donde se forman los misioneros italianos que van á América á catequizar á sus compatriotas.

—En la Alcaldía de París se ha fijado un edicto que anuncia á los propietarios de perros el plazo para satisfacer el impuesto y hacer las declaraciones legales.

Véase la estadística referente á estos animalitos: En París hay 45.984 perros de lujo, que pagan cada uno 10 francos al año, produciendo 459.840 francos; pero como 37 dueños olvidaron hacer la declaración, por lo cual han pagado triple, hay un exceso de 740 francos, que elevan la cifra total á 460.580 francos.

Hay además 23.806 perros de segunda clase, que producen 119.030 francos, que con el triple que pagaron por descuidarse 14 dueños, hacen 119.170 francos. Total, 580.750, que con algunos otros arbitrios por multas, etc., llegan á 789.250 francos, más de tres millones de reales.

—Cuentan los periódicos, que en Zaragoza ha fa-

llecido uno de los obreros de la estación, á quien correspondieron en la lotería de Navidad 8.000 duros.

«Cuando recibió la noticia de haber sido agraciado por la suerte, dejó el trabajo y se encará con uno de los jefes en actitud amenazadora, diciéndole que ya eran los dos iguales, y acompañando estas palabras con insultos, teniendo que ser contenido por sus compañeros, pues quería arrojarle sobre su superior.»

Misterios de la suerte, que mata cuando parece que resucita.

NOTAS SUELTAS

Mochalez llega presuroso al buzón de la calle de Carretas, arroja una carta que le interesa, y queda un instante asomado, viéndola caer.

Una chula al paso:

—Cabayero: ¿está usted esperando la respuesta?

* *

Interrogatorio.

—Procesado: usted se acercó á una respetable señora que estaba sentada en un banco de Recoletos, dejando correr las lágrimas....

—Sí, señor.

—Y bajo pretexto de consolarla, la robó usted un reloj que era un recuerdo de familia....

—Yo creí que el reloj era la causa de su llanto.

* *

La mamá al despedirse de una amiga:

—Bebé, da un beso á esta señora.

—No me gusta besar caras de yeso.

La señora se va, haciendo como que no oye.

—¡Niño! ¿Cómo se entiende, decir eso delante de esa señora!

—¡Pues no me dice Mademoiselle que es muy feo hablar por detrás...!

* *

A la distinguida Señora de un concejal oí quejarse del lodo que colma nuestras calles. ¿Quiere usted una receta eficaz contra esas inmundicias?... y en seguida la envié traducidos de la obra de Victor Tissot, *Vienne et la vie viennoise*, los siguientes párrafos:

«Cansado de ver el Gobernador Príncipe Lobkowitz, que eran infructuosas las amonestaciones que repetidas veces había dirigido á la municipalidad de Viena, para que tuviese más limpias de polvo y de barro las calles de la ciudad, mandó llamar al burgomaestre (alcalde), quien acudió vistiendo un rico traje bordado, con medias de seda y zapatos con hebilla de plata y pedrería.

—¡Ah! ¿sois vos, Sr. Burgomaestre! exclamó el Príncipe tomando el sombrero; os pido mil perdones, pero un asunto urgente me obliga á salir; subid conmigo en mi coche, hablaremos por el camino y os dejaré cerca de vuestra casa.

Sebastián Fingensheur mandó retirar á su cochero y se sentó al lado de Lobkowitz, quien se puso á hablar de la lluvia y del buen tiempo.

Después de haber recorrido las calles más sucias de Viena, el coche del Príncipe paró en las inmediaciones de la Casa de la Ciudad.

—Os ruego que me dispenséis, Sr. Burgomaestre, dijo Lobkowitz, pero me veo obligado á dejaros aquí; mis asuntos me llaman á otra parte y voy retrasado.

Un lacayo había abierto ya la portezuela esperando que el Burgomaestre se apease; pero cuando éste vió el mar de lodo que inundaba la calle, volvió al Príncipe y con aire suplicante le dijo:

¡Si V. E. fuese tan amable que mandara al cochero avanzarse algunos pasos!

—Imposible, contestó Lobkowitz; me están esperando y no puedo detenerme un instante más.

De buena ó mala gana, el alcalde tuvo que bajar, hundiéndose en el lodo hasta los tobillos y llegando á su casa hecho un perro de aguas.

El Príncipe se volvió á su palacio riendo á mandíbula batiente; y después de aquel día, nadie ha tenido motivo para quejarse del mal estado de las calles de Viena.»

* *



DESPEDIDA DEL PAVO.

Muere sin pena ni gloria
cantando el vanidosón,
mas deja para memoria
esta advertencia al glotón:
« Quien me coma en pepitoria
morirá de indigestión. »

—¡Cuánto pobre, Señor, cuánto pobre!
—¡Dios nos dé qué dar!
—¿Pues y lo que nos da?
—Para ir juntando y....
—Y luégo quedarnos ¡sólos con ello!

* *

En casa del cesante del cuarto bajo interior:
—¿Has oído, Quirica? ¿Qué ha sido eso?
—Un galli-pavo que ha soltado la señorita del
tercero.
Gritando desde el patio:
—¡Haga usted el favor de decir á ese, que baje!

* *

¡Quién fuera niño!
Quién fuera niño, para ver el cielo nublado y
reír. Para esperar riendo un año nuevo, sin reconve-
nir al que se va ni temer al que viene.
Quién fuera niño para dormir arrullado por la
esperanza de ver los zapatillos que se ponen la no-
che de Reyes en el balcón, cubiertos al despertar,
por un rocío de ilusiones.

Quién fuera niño para ver regocijado correr al
pueblo con la tea en la mano, por la calle sin saber
á donde va. Para gozar viendo ébrios á los hombres,
sin comprender hasta dónde puede subirse el vino.

Quién fuera niño para no tener recuerdos ni sen-
tir nostalgias, insomnios y fatigas, para no luchar
ni verse expuesto á odiar.

Quién fuera niño para no conocer más que otros
niños inocentes; para escuchar la voz del padre;
para esperar en el regazo de la madre, la aurora de
un nuevo año de felicidad.

Quién fuera niño para vivir sin tener que tomarse
el trabajo de aprender á vivir.

* *

Entre amigos, la noche de Reyes:
—¿Cómo estás? borracho.
—Igualmente. Gracias.

JABON REAL **VIOLET** JABON
DE **THRIDAGE** único Inventor **VELOUTINE**
29, B* des Italiens, Paris
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento
de la sangre, debilidad, inapetencia.

**Elixir de proto-cloruro de hierro
con hipofosfitos, de Vivas Pérez.**

El más racional y el más seguro y de inmediatos
resultados de los ferruginosos y de la medicación
tónico-reconstituyente. Depósito: en las principa-
les farmacias; al por mayor, en Madrid, D. Mel-
chor García; al por menor, en la farmacia de don
José Palacios, plaza de Santa Ana, 11, y en la dro-
guería del Sr. Chavarri, plaza de Antón Martín.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT**
con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.